



APUNTES DE NUESTRAMÉRICA

SITUACIÓN, TENDENCIAS Y DESAFÍOS

I° Seminario Latinoamericano
Organizado por las Oficinas de Buenos Aires y San Pablo
Buenos Aires, mayo de 2019.

ÍNDICE

- 2. Conclusiones del I° Seminario Latinoamericano
Organizado por las Oficinas de Buenos Aires y San Pablo
- 13. Cuatro cuestiones que signan la actualidad
latinoamericana por Claudio Katz
- 17. Los cambios estructurales en el sistema mundial por
Mónica Brukmann
- 25. Los problemas actuales de la práctica revolucionaria por
Josué Veloz
- 30. Las disputas en Nuestra América por Javier Calderon
- 43. Venezuela está estableciendo nuevos códigos de
participación por William Serafino
- 47. Un balance de la experiencia progresista por Juan Carlos
Pinto Quintillana

CONCLUSIONES DEL I° SEMINARIO LATINOAMERICANO

Organizado por las Oficinas de Buenos Aires y San Pablo

“La práctica política revolucionaria condiciona las lecturas teóricas”

Che Guevara.

En América Latina afrontamos una nueva avanzada del imperialismo y el capital, de las derechas y los proyectos neoliberal-conservadores. Luego de varias décadas del florecer de experiencias populares en muchos de nuestros países, nuevamente nos encontramos en una correlación de fuerzas desfavorable.

Este escenario plantea, para los movimientos sociales y el pensamiento crítico, una serie de desafíos e interrogantes. Entre los principales, nos pregunta sobre: ¿Cuál es la profundidad de este ciclo regresivo y de la ofensiva neoliberal en marcha? ¿Qué rol está jugando el contexto global de declive o decadencia del imperio estadounidense en esta ofensiva? ¿Qué posibilidades y desafíos plantea la emergencia de China como nuevo centro hegemónico del capitalismo global? ¿Qué fortalezas y debilidades nos han legado los proyectos progresistas y populares que han tenido lugar en los años previos? ¿Qué características tiene la ofensiva neoliberal en marcha y las formas políticas, de gobierno y subjetivación social que adopta? ¿Qué resistencias, fuerzas y programáticas se despliegan frente a ello? ¿Cuáles son los desafíos que afrontan, en este contexto global y regional, los movimientos populares y el pensamiento crítico?

Estos interrogantes, y algunos otros, marcaron las exposiciones y debates que tuvieron lugar entre intelectuales críticos y compañeros/as militantes de varios países de Nuestra América en el primer seminario latinoamericano organi-

zado en mayo de 2019 por las oficinas de Buenos Aires y San Pablo del Instituto Tricontinental de Investigación Social. Esta discusión colectiva se desarrolló alrededor de los puntos que constituyen los campos temáticos de investigación que desde el Instituto queremos impulsar en Latinoamérica, los países del Sur y a nivel global. Por un lado, la caracterización del **capitalismo contemporáneo** como una de las dimensiones ineludibles para comprender la dinámica de la coyuntura política, económica y social de nuestros países. Por otro lado, los **monstruos** actuales, las nuevas y viejas derechas, sus formas de dominación, sus coordenadas político-culturales, que fueron otra parte clave de la discusión. Por último, las **perspectivas de futuro**, los desafíos que se plantean hacia adelante para los movimientos populares, cuestión que nos hermana en un proyecto de unidad de los oprimidos y las oprimidas del sur del mundo en la lucha por nuestra emancipación como pueblos.

Presentamos a continuación una sistematización de los elementos centrales que, sobre estas cuestiones, fueron planteados en el debate que tuvo lugar en el seminario *Situación, tendencias y desafíos de América Latina; construyendo una agenda de investigación para el Instituto Tricontinental de Investigación Social*, y del cual formaron parte compañeros y compañeras de Brasil, Colombia, Cuba, Venezuela, Bolivia y Argentina. Luego se incluyen también las exposiciones de los participantes del seminario. Esperamos que estos aportes y señalamientos contribuyan a la delimitación de una agenda que permita orientar nuestras investigaciones y, sobre todo, nuestros esfuerzos compartidos frente a los desafíos que plantea la ofensiva deshumanizante del capital, las derechas y el imperialismo.

1. El capitalismo: una caracterización de su configuración contemporánea

En el contexto global, uno de los señalamientos iniciales para la reflexión crítica se refiere a la tendencia que atraviesa a los Estados Unidos y los interrogantes sobre si la misma expresa y en que dimensión una fase de crisis de hegemonía. La pérdida de legitimidad de su proyecto imperial parece no tener retorno y un punto destacado aquí es el desplazamiento de Occidente hacia Oriente del eje de la acumulación de capital a escala global. China e India son el centro de este nuevo patrón de acumulación global que se destacan por el crecimiento económico sostenido, aún cuando se ha desacelerado en el

último periodo, y también por un nuevo ciclo de desarrollos tecnológicos e inversión en investigación y desarrollo. En esta dirección, el proyecto en curso de la Nueva Ruta de la Seda está incrementando las interconexiones en Asia y reactivando incluso producciones de otras regiones del mundo. A partir de este proyecto de desarrollo en Oriente se plantea la pregunta de si en unos años volveremos a presenciar un nuevo boom de precios de commodities que puede modificar las condiciones económicas de América Latina. Sin embargo, hoy por hoy la disputa hegemónica aparece como inestabilidad económica generalizada, ciclos de endeudamiento y crisis marcadas por las lógicas financieras y monetarias.

En América Latina, con excepción de Bolivia que creció en los últimos años a tasas superiores al 4% y va en camino de repetir esta marca para 2019, se presenta una fase recesiva que se profundiza por la dinámica de financiarización que Estados Unidos impulsa a través de sus políticas. Por otra parte, la progresiva decadencia de Estados Unidos como potencia hegemónica global se expresa, como ha sido en cada situación similar anterior, en una aceleración de la financiarización. Además, este marco de creciente declinación frente a la competencia del eje oriental (al que se suma Rusia, con su poder de veto para disuadir la acción militar de Estados Unidos) agiganta la importancia que tiene para el Imperio la subordinación absoluta de lo que considera su “patio trasero”. En esta dirección, se despliega una creciente militarización en la región, con operaciones y ejercicios, por ejemplo, en la Amazonía, incluso en la parte brasileña.

En este sentido, por un lado, tenemos en Venezuela, Cuba y Bolivia baluartes estratégicos donde los ideales y proyectos transformadores siguen vigentes y son imprescindibles de defender. Sobre estas experiencias, en los últimos años y meses, se intensificó una guerra híbrida o no convencional¹ que combinó el bloqueo económico, financiero, político y mediático con estrategias de intervención y desestabilización internas con el objetivo de asegurar logros económicos (el acceso barato a la producción hidrocarburífera y de minerales) y políticos (enterrar definitivamente el ciclo de gobiernos populares al que llevaron las rebeliones contra la ofensiva neoliberal de los años '90 del siglo XX).

¹ Para profundizar sobre la definición de guerras híbridas y sobre los alcances y características del despliegue de estas formas de intervención imperial y del capital en Nuestra América en el periodo reciente puede consultarse el Dossier N° 17 “Venezuela y las guerras híbridas en Nuestra América” del Instituto Tricontinental de Investigación Social disponible en <https://www.thetricontinental.org/es/dossier-17-venezuela-y-las-guerras-hibridas-en-nuestra-america/>

Las diferentes formas de intervención que promueve el imperialismo y la derecha doméstica en Venezuela, demuestran lo estratégico que resulta su defensa. La Ciberguerra, la intervención paramilitar desde Colombia, la profundidad de la guerra económica en todas sus dimensiones, los sabotajes, las operaciones de inteligencia sobre los mandos militares, los intentos de constitución de un gobierno paralelo, demuestran que en Venezuela se aplican todos los preceptos diseñados para las guerras híbridas -incluso algunos nunca vistos antes- ante procesos populares que no se subordinan al imperio.

En Venezuela se juega, en definitiva, la posibilidad de rehabilitar un ciclo popular en la región o bien que el Imperio logre imponer una reestructuración económica, social, política y cultural duradera. Que una u otra alternativa prime, por supuesto será el resultado de las luchas populares en diferentes planos. En relación con ello, en general, si bien es una región activa en términos de movilizaciones populares, conflictos y huelgas, no aparecen aún en el horizonte inmediato un ciclo de conflictividad social amplio y creciente o rebeliones populares del peso o la profundidad de las que iniciaron el ciclo de luchas anterior – como lo fueron el Caracazo, el levantamiento zapatista, las jornadas de diciembre de 2001 en Argentina, las Guerras del Agua y del Gas en Bolivia, entre otros procesos. Esto es uno de los límites que afrontan las resistencias del movimiento popular frente a la ofensiva neoliberal en nuestra región.

Sin embargo, este escenario de avance de la ofensiva neoliberal puede modificarse y posiblemente plantear mejores condiciones para un nuevo ciclo de luchas de confirmarse la derrota electoral del proyecto macrista en Argentina y si se conquista la reelección de Evo Morales en Bolivia y del Frente Amplio en Uruguay. Si bien es probable que las limitaciones geopolíticas y económicas de un nuevo gobierno en Argentina sean mayores que en el periodo previo, el cambio de tendencia, sumado a la experiencia mexicana, permitiría comenzar a pensar al menos en una situación más abierta hacia la multipolaridad en la región.

2. Los monstruos: la ofensiva neoliberal-neoconservadora en América Latina

En este marco global, en la discusión colectiva se abordaron también las características específicas que asume esta ofensiva neo-conservadora/neoliberal

en nuestra región. En este sentido, la necesidad del imperialismo y del capital de recuperar posiciones, condujo a favorecer una nueva oleada de proyectos neoliberales y de derechas de carácter ultra-conservadores o pseudo-fascistas que vienen disputando la hegemonía política a escala nacional en Brasil, Argentina y Ecuador, y se han mantenido firmes, incluso mejorando sus posiciones ya adquiridas, en Colombia, Perú y Chile.

La pregunta podría ser en qué punto de esta contra-ofensiva neoliberal-conservadora nos encontramos. En cuanto a esto hay una diferencia entre lo que sucede en el plano económico y en el plano político. En el primer caso, en el contexto global referido, los proyectos neoliberales están sujetos a una extrema inestabilidad incapaces de asegurar un ciclo de crecimiento económico aunque sea de carácter modesto y sostenido. Se trata de un “neoliberalismo zombie” que promueve una mayor apertura de las economías latinoamericanas –incluso con el retorno de los tratados de libre comercio– cuando en los viejos centros del capitalismo resurgen políticas proteccionistas y se restringen los flujos de capitales a la periferia; que impulsa una mayor alineación –particularmente en el terreno geopolítico– con los Estados Unidos mientras necesita mantener los lazos económicos con China. Un “neoliberalismo zombie” que impulsando procesos ampliados de mercantilización, despojo y explotación tiene profundos límites para construir consentimientos mayoritarios respecto de sus políticas en condiciones democráticas y apela por tanto crecientemente a formas políticas y de subjetivación social conservadora sustentadas en la violentización del lazo social y la restricción de las formas liberales de gobierno.

En ese sentido, es en el plano político donde esta ofensiva neoliberal parece tener un margen de innovación mayor debido a una serie de cuestiones propias de la situación global y regional. Por un lado, es evidente que la democracia liberal se encuentra en una crisis profunda. No sólo debido al peso de las estrategias de *lawfare* sobre líderes y lideresas populares, sino también debido a los límites neoliberales sobre la subjetividad popular: individualismo, meritocracia y sentidos comunes de derecha que en Brasil ha jugado fuertemente incluso durante la campaña electoral de Bolsonaro. Por supuesto, la lógica de *fake news* está completamente ligada a estas intervenciones políticas que intentan presentarse, en ocasiones, como despolitizadas o anti-políticas. Por otro lado, el avance de los sectores más conservadores dentro del evangelismo ha sido uno de los elementos novedosos de esta etapa en muchos de nuestros países. Es claro que en el caso de Brasil esto adquiere una centralidad debido al gran porcentaje de fieles que incluyen las variantes neo-pentecostales como

debido al peso político que han mostrado durante y a posteriori del proceso electoral. Por último, hay una serie de elementos que nos conducen a pensar en que efectivamente hay indicios de cierto activismo de tipo fascista “por abajo”, con movilizaciones fuertes en Brasil, Colombia y, por supuesto, en Venezuela.

Estas características permiten pensar en qué medida estos proyectos no logran consolidar una hegemonía estable aunque, en buena medida, consiguen movilizar con éxito los peores elementos subjetivos que produce la sociedad capitalista en su fase actual y -a través del uso organizado y masivo de las redes sociales, las nuevas industrias culturales y las TICs- interpelan con relativo éxito las inquietudes de sectores importantes de las clases populares.

En esta coyuntura, nos encontramos en un punto complejo de la avanzada neoliberal. Por una parte, en el terreno económico, no parece alcanzar una estabilización –marcada, por ejemplo, por las dificultades económicas y el deterioro progresivo de lo social-; y en términos políticos, se afirman y despliegan modelos ultra-conservadores, represivos, punitivos e, incluso, neofascistas. Un contexto donde la crisis social y las intervenciones autoritarias parecen complementarse sosteniendo la perspectiva crítica que señala que el neoliberalismo lejos de conjurar las crisis resulta la imposición y gestión de la crisis. De cara a estas complejidades se plantea la necesidad de repensar las estrategias de disputa desde los movimientos populares y los proyectos emancipatorios.

3. Elementos para un balance de los gobiernos progresistas

Ante esta situación surgió la necesidad de clarificar un balance de los gobiernos progresistas y populares en nuestra región. En relación a ello, hay varios puntos que aparecen como limitaciones o problemáticas, más allá de sus logros, cuya consideración es necesaria para pensar hoy los nuevos ciclos de lucha y las posibilidades actuales de revertir la tendencia de la ofensiva neoliberal.

En primer lugar, puede señalarse que durante los años de gobiernos progresistas la matriz económica –particularmente su estructura productiva- no se modificó sustancialmente. Las lógicas de la dependencia económica y la importancia del extractivismo como ejes de la acumulación de capital a escala nacional permanecieron latentes y garantizaron las condiciones de crecimiento económico. Por supuesto, en la mayoría de los casos de países con gobiernos

progresistas y de izquierda en la región el contenido anti-neoliberal guió los lineamientos de la política económica. Es así que la apropiación de las rentas provenientes del extractivismo garantizaron por un tiempo la estabilidad de los ingresos de toda América Latina.

En este sentido, cuando el ciclo económico cambió y el crecimiento se debilitó o perdió, los cambios más significativos operados en el terreno de las políticas sociales y redistributivas que tenía su impacto positivo en el consumo popular y en el crecimiento económico, comenzaron a mostrar sus límites ante una matriz productiva, y por tanto un poder económico, que no habían sido alterado. En este contexto, se verificó que la interpelación a las mayorías populares a través del consumo tiene, por supuesto, un efecto limitado para construir una visión del mundo que tienda a romper con las lógicas capitalistas.

En segundo lugar, con excepción de Venezuela y Bolivia, los movimientos populares tuvieron un papel reducido en el seno de los gobiernos progresistas. Los Estados tendieron a convertirse en el centro del protagonismo político lo cual condujo a la institucionalización de los procesos. Esto conduce a que sea necesario pensar esta lógica, más de administración del orden, como un límite para potenciar un proceso revolucionario desde el Estado. El potencial revolucionario está en el pueblo y por tanto debemos pensar en una radicalización de la democracia y para ello pensar que las alianzas políticas deben tender a ser hegemonizadas por las fuerzas transformadoras.

En tercer lugar, en referencia a la situación actual, partimos de un escenario donde no están desplegándose un ciclo de lucha de masas ampliado como el que tuvo lugar frente a la anterior ofensiva neoliberal de los años '90. Esas luchas se convirtieron en destituyentes de los gobiernos neoliberales y constructoras de proyectos alternativos y permitieron reeditar la discusión del anti-capitalismo en nuestros países. En este contexto, para la militancia popular aparece como central dar vida a un nuevo ciclo de luchas a la vez que se desarrollan las peleas político-electorales en Bolivia, Argentina y Uruguay. Al mismo tiempo, es imprescindible aportar a sostener y defender los procesos y gobiernos de Venezuela, Bolivia y Cuba, que son tanto experiencias de cambio como retaguardias estratégicas.

En definitiva, mirando la experiencia histórica de las izquierdas latinoamericanas, con estos elementos de balance, debemos preguntarnos ¿cómo construimos las circunstancias para un nuevo ciclo progresista sin perder el horizonte anticapitalista? En esta dirección, pareciera que considerar y promover a las mayorías populares como protagonistas más que sólo beneficiarios de los

cambios resulta clave. Esto no puede pensarse sin considerar un proceso de radicalización de la democracia y del protagonismo popular que es necesario para reactivar la noción de revolución. Desde esta perspectiva, la revolución no queda acotada simplemente a una ruptura brusca, sino que aparece también como la radicalización y ampliación de un proceso de luchas y de cambios de largo aliento. En este sentido, se plantea la necesidad de potenciar la militancia, el compromiso revolucionario, la politización y la movilización popular, poniendo en cuestión el ideario y las formas de la subjetividad que el neoliberalismo intenta promover.

4. Futuro: los desafíos para los movimientos populares y el pensamiento crítico

En este marco, se plantea la consideración sobre el futuro y sobre los desafíos y las posibilidades que afrontan nuestros pueblos en el marco de esta ofensiva neoliberal-conservadora. Sobre ello, el pensamiento crítico y el hacer emancipatorio se plantean la reflexión sobre los modos y las capacidades para impulsar una subjetividad alternativa, antineoliberal, antiracista, antipatriarcal y anticapitalista, así como sobre los retos que el escenario actual plantea para la organización popular.

En relación con estas problemáticas, pueden presentarse algunos de los temas centrales que suscitan el examen y debate colectivo:

1) Sobre la necesidad de elaborar y promover un proyecto político cultural e ideológico desde nuestros pueblos. Esta cuestión nos interroga sobre ¿cuál es la utopía de nuestro tiempo que puede universalizarse en América Latina? Resulta una cuestión central tanto la construcción de un proyecto de futuro como de un mito o mitos asociados a estos proyectos de sociedad. Esto se vincula, además, a la importancia de repensar una estrategia común en todo el continente que plantee el horizonte de una segunda independencia, de la construcción de Nuestra América, en un sentido político de transformación.

2) Por otra parte, la situación de guerra que se vive en diferentes países de nuestra región y la creciente legitimación de la eliminación del otro a través del

aparato estatal o de actores de la sociedad civil en un proceso de violentización del lazo social, plantea la importancia de afirmar y reflexionar sobre la paz y la potenciación de lazos sociales solidarios y comunitarios. En este sentido, la experiencia colombiana muestra que la cuestión de la paz no resulta un tema instrumental sino de principios ético-políticos.

3) En esta situación de avance neoliberal y retroceso de los proyectos populares, surge la urgencia de reflexionar sobre el modo que tienen lugar los procesos de organización popular. Por un lado, se plantea visibilizar y analizar las experiencias de luchas y acción colectiva que se despliegan. Por otro, las formas que adopta y requiere el trabajo de base en tanto enraizamiento y construcción de fuerza social para las propuestas y proyectos emancipatorios así como la importancia, contenidos y prácticas de la formación política y la disputa ideológica son clave.

4) Otro punto relevante refiere a cómo pensar la oxigenación de las organizaciones políticas y los movimientos populares con el fin de radicalizar la democracia y la participación. Si es necesario contribuir a un nuevo ciclo de luchas que ponga en cuestión el (des)orden que promueve esta ofensiva neoliberal, se plantea el interrogante sobre cuáles serían las cuestiones que permitirían salir de cierto letargo, naturalización y/o desmoralización que ocurre en estos momentos de reflujo histórico.

5) Por su parte, otra de las cuestiones planteadas refiere a la necesidad de que las plataformas políticas incorporen de forma transversal las pautas LGBTs, feministas, afro, indígenas, etc. para aportar a una mirada integral de las opresiones de nuestros pueblos y poner las políticas de identidad en una perspectiva revolucionaria.

6) Ante la avanzada de los movimientos evangélicos aliados a las derechas, se plantea la cuestión del valor de la construcción de una espiritualidad alternativa, que dispute los sentidos de vida y construya valores y ética socialista por encima del consumismo, el individualismo y los malestares del proyecto neoliberal. La aproximación a los modos y matrices de la producción colectiva y difusión de una narrativa popular que configure las líneas centrales de la sociedad alternativa que buscamos resulta una cuestión central. En esta direc-

ción, se plantea también, no sólo indagar sobre las prácticas y subjetivaciones promovidas por las iglesias neopentecostales, sino volver a rastrear y examinar las experiencias de la teología de la liberación, de otras formas de religiosidad popular y de cosmovisiones laicas y su vinculación con la construcción de salidas colectivas populares y alternativas.

7) Es evidente que, dados los límites de los proyectos progresistas que marcamos más arriba, pensar y construir los futuros emancipatorios en Nuestra América exige tanto discutir y reformular la inserción internacional de nuestras economías; postular y elaborar propuestas de un nuevo modelo productivo, distributivo, de consumo y de vida fundado en las soberanías populares y en las justicias social y ambiental; y los caminos de transición necesarios o posibles para avanzar en esa dirección; y, sobre ello en particular, respecto del endeudamiento externo y la financiarización que se yerguen hoy como una nueva espada de Damocles a nivel regional. Ello va de la mano con la necesidad de pensar y debatir modelos de desarrollo alternativos y, particularmente, sobre los proyectos de integración regional (terreno que en el pasado inmediato dio vida al ALBA, la Unasur y la CELAC, entre otras experiencias) así como con la importancia de configurar, en el plano de las ideas y lo simbólico, la referencia de Nuestra América, de la Patria Grande y del AbyaYala.

8) Por otra parte, otra cuestión importante de la construcción de posibles escenarios futuros refiere a los avances científico-tecnológicos actuales. Sus efectos en el terreno de la comunicación social, la subjetividad y el cambio cultural, así como en las formas estatales y los modos de gobierno de las poblaciones (con la cyberseguridad y la transparencia), requiere ser estudiado y debatido, así como repensar las alternativas y los cambios desde las perspectivas críticas y de izquierda, donde muchas veces tenemos matrices de análisis más propias del siglo XX. Debemos estudiar estos procesos para avanzar en postular nuevas formas de intervención en estos planos.

Estos listados de cuestiones no agotan ciertamente las dimensiones que plantea la reflexión sobre esos futuros necesarios y posibles que alimentan y orientan la labor emancipatoria. Así también, no se trata sólo de imaginar teóricamente esos futuros en base a nuestros pasados; sino también de reflexionar y difundir las experiencias populares que en este presente actualizan y anticipan esos futuros que perseguimos. Para toda esta tarea, la práctica

transformadora está estrechamente vinculada, dialoga y requiere, de un pensar alternativo. En esta dirección, para el Instituto Tricontinental de Investigación Social, se trata de delimitar y contribuir a este desafío de la producción de pensamiento crítico desde Nuestra América y el Sur global. ■



■ Fotografía de Bárbara Leiva.

CUATRO CUESTIONES QUE SIGNAN LA ACTUALIDAD LATINOAMERICANA Y QUE CONDENSAN LOS PUNTOS CENTRALES DE LAS DISPUTAS Y DESAFÍOS QUE AFRONTAMOS

CLAUDIO KATZ

Economista argentino, profesor e investigador de la UBA, integrante del colectivo Economistas de Izquierda (EDI)

Buenos días a todas y todos, agradezco especialmente la invitación a participar de esta reunión. Sobre los temas en debate quisiera comenzar proponiendo cuatro reflexiones, cuatro cuestiones que signan la actualidad latinoamericana y que entiendo condensan los puntos centrales de las disputas y los desafíos que sobre el presente y el futuro próximo afrontan nuestros pueblos.

En ese sentido, una primera cuestión que debemos abordar en el debate refiere a la restauración conservadora que se encuentra en curso en la región. Ello nos interroga sobre las dinámicas que adopta esta ofensiva neoliberal que se despliega con ritmos diferentes pero con igual dirección en nuestros países. Y entre las preguntas importantes que se plantean sobre ello, en particular nos interpela sobre ¿en que momento de esta contratendencia nos encontramos? ¿Se trata de una ola que está todavía en ascenso o que está llegando a sus límites? Asimismo, nos interroga sobre que características y en qué contexto se despliega esta ofensiva conservadora.

En este sentido, en el terreno económico, esta ofensiva tiene un escenario complejo signado por un periodo de crisis y desaceleración económica a nivel regional y global atravesado por la disputa comercial y geopolítica entre EE.UU. y China. Una disputa que tiene a nivel regional también una realidad específica, donde el avance del proyecto neoliberal en el terreno político con

estos nuevo gobiernos de derecha que expresan una subordinación creciente al imperialismo estadounidense, contrasta o tensiona con las relaciones económicas importantes que guardan estos mismos países con China como destino de las exportaciones o fuente de inversiones. En esta dimensión, nos encontramos así ante un “neoliberalismo zombie”. Por otra parte, en el terreno político, esta ofensiva adopta un carácter conservador y autoritario cada vez más marcado, por ejemplo con la experiencia de Bolsonaro en Brasil y la reinvención de una práctica y un discurso de signo neo fascista en un proceso que pretende restringir y reconfigurar las formas de la democracia liberal. Estos señalamientos permiten entrever las fragilidades y los límites que tiene de esta restauración conservadora.

En segundo lugar, otro de los puntos centrales de conflicto refiere a la política intervencionista promovida por Trump sobre el gobierno venezolano y el proceso bolivariano. Esta batalla tiene una dimensión e importancia sustantiva a nivel regional. Lo que suceda en Venezuela tendrá una influencia decisiva en la dinámica que asuma la ofensiva neoliberal e imperialista en el continente. Frenar esta estrategia frontal estadounidense para destituir al gobierno de Maduro y clausurar la experiencia bolivariana es una victoria, aunque no resuelva todos los asedios y problemas que afronta Venezuela. En este sentido, es una realidad que la ofensiva imperialista hasta ahora fracasó. Fracasaron con la guerra eléctrica, fracasaron con los levantamientos militares, fracasó el operativo Libertad, y finalmente se inició una mesa de negociación patrocinada por el gobierno de Noruega. El golpe está fallando y por ello aparece algún tipo de negociación. Esto es muy importante, Venezuela define la situación regional. Si cae Venezuela es un escenario, si se mantiene es otro. Que Venezuela haya derrotado estas estrategias y ofensivas nos permite respirar y discutir en un contexto de cierto alivio. Si esta misma reunión la estuviésemos haciendo con Guaidó de Presidente el temario sería otro y los problemas serían otros. Sobre ello creo que es importante tener en cuenta que si se logró esa victoria fue por decisión política y por la movilización popular. Son los dos componentes que la han permitido: la gente en la calle y la decisión de la dirección bolivariana de no ceder. Y esto hay que tomarlo en cuenta porque es un precedente de cómo se puede contener a la derecha y al imperialismo. Por lo tanto en el segundo punto yo diría que hasta ahora tenemos una derrota del imperialismo y un éxito de Venezuela como un dato ordenador del momento. Si a fin de año podemos decir lo mismo, estaremos más aliviados todavía. Pero convengamos que esta es la

clave del balance de fuerzas a nivel regional. Así que ahí tenemos que poner toda la atención.

El tercer problema sería una pregunta: ¿Podemos imaginar que el ciclo progresista va a volver? ¿Qué datos tendríamos para imaginar que el ciclo progresista vuelve o puede volver a América Latina? Creo que el punto de arranque para la respuesta a estas preguntas es que no tenemos hoy en la región las rebeliones populares que inauguraron ese ciclo progresista de la década pasada. No está ocurriendo una rebelión como la que hubo en Bolivia, en Ecuador, en Argentina, en Venezuela entre fines de los '90 y principios de los 2000, que fueron las que generaron ese ciclo. Mientras eso no ocurra me parece que podemos tener todo tipo de procesos pero no un cambio general de la relación de fuerzas que inaugure o que modifique sustancialmente el panorama regional. La clave está en la lucha social y que la lucha social desemboque en este tipo de movilizaciones. Hasta hoy no tenemos grandes rebeliones aunque hay experiencias importantes de movilización. Quizás una de las más significativas es la gran movilización que hubo en Brasil, la movilización educativa. Por otra parte, en Argentina tiene lugar el quinto paro general masivo contra el gobierno; en Colombia hay marchas importantes. Es decir, América Latina sigue siendo una de las regiones más activas del mundo en movilizaciones y en luchas; aunque no al nivel de las rebeliones populares que tuvimos hace dos décadas. Entonces, en este escenario, más que haber un ciclo progresista nos encontramos fundamentalmente con dos experiencias de cambio de regímenes políticos. Una que ya está, otra que puede venir. La que ya está es la de México, es un proceso lleno de interrogantes. Hasta ahora uno podría decir que es un gobierno de centroizquierda conservador porque, por lo menos por ahora en estos seis meses, no ha habido en México datos de un giro radical. El otro caso que puede ser muy significativo es una derrota electoral de Macri en octubre o en noviembre en Argentina. Ese sería un dato regional muy importante. Lo que Trump y el FMI están haciendo para apoyar y promover el gobierno de Mauricio Macri en Argentina –por ejemplo, no tiene antecedentes en el mundo el uso que se está permitiendo de los fondos del FMI para sostener la actual fuga de capitales– da idea de cuánto necesitan que ese gobierno no fracase y obtenga una victoria electoral que le dé un nuevo mandato; aunque ello parece muy difícil. En resumen, hay dos indicadores importantes de cambios políticos que ya están o pueden venir en la región; pero los mismos están lejos, en mi opinión, de poder pensarse como una renovación del ciclo progresista. Entre otras cosas porque si, por

ejemplo, en Argentina se produce un cambio de gobierno; éste no será ciertamente un cambio radical; más bien, posiblemente resulte un cambio similar al estilo de López Obrador en México.

Y el último punto que quisiera abordar refiere a nosotros mismos: al Instituto Tricontinental, a los movimientos sociales, al movimiento popular. Nosotros contamos hoy con la espalda de Venezuela, la espalda de Bolivia, la espalda de Cuba. Quizás lo interesante sea analizar bien la experiencia de Bolivia, porque es un proceso muy singular en el sentido de cómo ha podido sostener un proceso de transformación económica y política estabilizado a lo largo del tiempo. Es como el contraste de lo que ha ocurrido con Venezuela. Obviamente las condiciones son completamente distintas, pero hay que examinar cómo ha sido ese proceso que, aunque no tiene el impacto regional que tienen otros, es sumamente importante. Y por supuesto, también tener en cuenta a Cuba sobre la cual Trump ha redoblado la ofensiva.

En este escenario, celebro el proyecto de trabajo del Instituto Tricontinental; porque pone en marcha un proyecto político, cultural, intelectual de largo plazo que, en general, no se ha experimentado en el pasado desde los movimientos sociales y los partidos políticos tradicionales de izquierda. Un proyecto que se propone construir cultura, construir ideas, forjar a la militancia con convicciones, con pensamientos. Lo que es un trabajo de largo plazo que me parece muy novedoso, muy interesante, y muy ambicioso con la apuesta de incluir a la India, a Sudáfrica, de intercambiar experiencias desde el sur global. Es una apuesta con la cual todos tenemos que colaborar. Porque además hay una nueva generación de jóvenes que se formó en las luchas y experiencias del ciclo progresista anterior y que hoy afronta los desafíos del presente. Para estos, para los movimientos populares y el pensar crítico creo que estos cuatro ejes que intenté presentar brindan un punto de partida para analizar el escenario y los principales problemas que afrontamos. ■

ENTENDER LOS CAMBIOS ESTRUCTURALES EN EL SISTEMA MUNDIAL Y LAS DISPUTAS POR LA HEGEMONÍA EN EL CONTEXTO DEL DESPLAZAMIENTO DE LOS CENTROS ECONÓMICOS MÁS DINÁMICOS DE OCCIDENTE A ORIENTE

MÓNICA BRUCKMANN

Cientista política ecuatoriana radicada en Brasil. Profesora de la Universidad Federal de Rio de Janeiro (UFRJ) y directora de investigación de la Cátedra y Red UNESCO sobre Economía Global y Desarrollo Sustentable - REGGEN

Buenos días compañeras y compañeros; que alegría estar aquí discutiendo estas cuestiones. Hace un año y medio teníamos una primera reunión en Brasil para empezar a intercambiar sobre el proyecto del Instituto Tricontinental entre un conjunto de colaboradores, sin ninguna estructura; y hoy ya contamos con todo este trabajo desarrollado a nivel regional tan interesante. Es un privilegio poder participar de este proyecto. Yo quería retomar y enfatizar algunas de las cuestiones que mencionó Claudio (Katz) alrededor de esos cuatro puntos sobre los que estructuró su exposición en relación con el contexto regional e internacional.

En relación con la coyuntura internacional y la economía mundial creo que a lo largo de los últimos cinco, seis, siete años, se hacen evidentes una serie de cambios estructurales, muy profundos, en el sistema mundial y en el terreno de la hegemonía que están produciendo este momento de crisis, de caos, de disputas, de amenazas, de militarización creciente que vemos en el mundo. Estos cambios tienen que ver básicamente con un desplazamiento de los centros más dinámicos de la economía mundial desde Occidente (Estados Unidos, Europa) hacia Oriente (particularmente China). El liderazgo que China tiene hoy en términos de tamaño del PBI, ya reconocido por el BM y el FMI desde 2014; el hecho de que las economías más dinámicas están siendo

las economías asiáticas; la posibilidad de que en 2050, según algunas proyecciones económicas, la India se convierta en la segunda economía del mundo y que EE.UU. quede rezagado a un tercer lugar; son algunos de los hechos que señalan estos cambios en el sistema mundial. En la misma dirección, se están dando transformaciones en otros ámbitos de la vida económica, política y social que muestran incluso que las capacidades locales de producción científico tecnológica también se están desplazando hacia Oriente. Así entre China e India se están formando la mitad de los científicos del mundo en ciencias exactas e ingeniería desde 2012. Y vemos como hacia el sur se están desplazando estas condiciones de capacidades locales y de producción científica y tecnológica que en buena medida van a mantener este dinamismo económico en Oriente. Asimismo, las tasas de crecimiento publicadas por el FMI hace un mes indicaban una disminución para las economías desarrolladas respecto de las previsiones proyectadas meses atrás; mientras que las economías emergentes continúan creciendo a tasas mayores, en gran medida por el liderazgo que tiene la India y China. En esta dirección, incluso, China está apostando al crecimiento de su mercado interno a partir de la flexibilización del segundo y tercer hijo en cada familia con lo decidido en la última reunión del Congreso del PCC de potenciar el mercado interno.

Por otra parte, tenemos a EE.UU. con una economía que amenaza con entrar en crisis. El ciclo del fracking que le dio a ese país cierto autoabastecimiento respecto del petróleo y contribuyó a un nuevo ciclo de crecimiento económico que alcanzó, más o menos, los 2,5% del PBI en el 2014 y 2015, parece haberse acabado. Si hace 3 años, todos los días teníamos noticias sobre la bonanza del fracking, hoy no se escucha más sobre ello; y EE.UU. parece tender a depender nuevamente del petróleo importado. Y por ello Venezuela y Brasil se convierten en territorios tan fundamentales para este nuevo momento. Por otra parte EE.UU. que ostenta una de las principales deudas públicas del mundo y no puede abrir un frente de guerra más -no porque no forme parte de su estrategia, sino porque no puede financiarlo- está apuntando en este momento a un nuevo dinamismo del parque industrial militar que sería el recambio frente al fin del ciclo de la producción de hidrocarburos no convencionales por la vía del fracking. No es por casualidad que EE.UU. viene presionando a los países de la OTAN desde hace dos o tres años para que incrementen su gasto militar a un 2% de su PBI. No es por casualidad que una de las primeras medidas que Bolsonaro aprueba en el Congreso sea la portación legal de armas; que significa una inversión privada y pública que

va a beneficiar a la industria estadounidense.

Por otra parte, un 60% de la significativa deuda pública de EE.UU. es internacional, y el segundo acreedor de la misma es China. Entonces detrás de esta llamada guerra comercial existe esta capacidad de China de definir elementos de la economía estadounidense. Lo que hemos presenciado recientemente en relación con Venezuela da cuenta de estos procesos y tensiones. En el momento en que se plantea una intervención militar y se llama a Brasil a jugar este papel con el viaje de Bolsonaro a EE.UU. y su compromiso con esa política –con los sectores militares brasileños que aparecen como más moderados, porque saben lo que significa una guerra en territorio de frontera–; en ese momento se vio claramente que no había condiciones de financiar esa guerra y que el papel de Rusia y China fue fundamental para disuadir esta intervención militar. Entonces, el posicionamiento que tiene China en la región es económico pero también geopolítico y, en alianza con Rusia, está convirtiéndose en un elemento de disuasión de las pretensiones estadounidenses de una mayor militarización de los territorios que EE.UU. busca controlar. En este sentido, independientemente de lo que cada uno opine respecto de lo que significa la participación China a nivel regional; creo que en este momento China y Rusia están jugando un papel importante para detener o disuadir el avance de la militarización que EE.UU. promueve en la región. Un proceso de militarización que está igualmente avanzando. Consideremos sobre ello, por ejemplo, que si bien la Amazonía toda está cercada desde el punto de vista militar, antes –hasta el 2013 y 2014– los ejercicios militares se hacían en la Amazonía peruana y colombiana y a través de ellas tenían acceso a la parte brasileña, venezolana y ecuatoriana; en este momento se realizan ejercicios sistemáticos y abiertos en Brasil. No son necesariamente difundidos en la prensa, pero en Brasil hay una creciente intervención militar tanto en el Amazonas como en la triple frontera, que son territorios importantes desde el punto de vista estratégico.

Por otra parte, la situación económica en la región es de estancamiento. Tal vez Bolivia es una de las pocas excepciones con un crecimiento de casi un 5% anual; un proceso muy interesante que va en sentido contrario de lo que es la evolución económica a nivel regional. En relación a Brasil, la pregunta que nos plantean estos primeros cinco meses del gobierno de Bolsonaro es si realmente podemos hablar de un “bolsonarismo”. Un proceso que creció de una manera tan rápida e inesperada, que sorprendió en los tres meses anteriores a la primera vuelta electoral creciendo a expensas de las fuerzas políticas tra-

dicionales, que consiguió la primera bancada parlamentaria –representación que al PT le costó 25 años– configurando un parlamento con una representación más reducida de partidos de izquierda y un conjunto de novatos que no tienen compromisos con estructuras partidarias ni mucho menos un proyecto nacional y que tienen grandes dificultades de operar en el sistema político tradicional brasileño. Más allá de que la candidatura de Bolsonaro contó con un apoyo claro de EE.UU. y una participación militante de las iglesias evangélicas más conservadoras, no resulta claro que el bolsonarismo se constituya en un espacio político estable y consolidado en el tiempo. Por el contrario, está perdiendo apoyo social rápidamente; si el gobierno inició con un 62% de popularidad, hoy el mismo está en un 30/32% y, probablemente, cuando en una o dos semanas se difundan las nuevas encuestas éste caiga mucho más todavía. Es también un gobierno plagado de escándalos y de tensiones y conflictos internos y también de conflictos sociales. Entonces estamos en un momento de inestabilidad donde el desgaste del gobierno está más marcado por sus disputas internas y sus errores y horrores que por la acción de los sectores de izquierda a partir de una plataforma común. Ese es el gran desafío, la construcción de una plataforma política común de las izquierdas capaz de plantear no sólo críticas sino también una alternativa en serio.

Por otro lado, la política del gobierno está golpeando, entre otros sectores, la producción en ciencia y tecnología y la educación superior, un verdadero intento de acabar con la universidad pública. Hace tres semanas se redujo el presupuesto de las universidades en alrededor de un 30%; por ejemplo, en universidades como la nuestra, la Universidad Federal de Río de Janeiro, un 40%. Y con esto se hace inviable el funcionamiento de la universidad. Es decir que está en curso un proceso de estrangulamiento del sector de la educación en general, pero sobre todo del nivel superior y vinculado a la investigación. Es claro que si el proyecto es exportar materias primas sin valor agregado no se necesitan universidades ni equipos de científicos. Pero esta reforma amenaza también con un cambio en los contenidos de la educación; las propuestas de cerrar las escuelas de filosofía y de ciencias sociales –particularmente de sociología– muestra una estrategia muy clara de golpear a aquellos sectores que pueden ser críticos y que contribuyen a los procesos de politización y movilización de las clases medias y de la academia.

En términos generales, nos encontramos frente a los intentos de profundizar los procesos que ya vienen marcando un poco el inicio del siglo XX, la apropiación de los recursos nacionales estratégicos con creciente militariza-



ción y, en este momento, con creciente capacidad de impactar en la opinión pública a través de mecanismos altamente tecnologizados. Hay ahí un nuevo elemento que no dominamos y que está siendo trabajado las 24 horas del día con nuevas tecnologías de las que no tenemos tanto conocimiento ni manejo y que están siendo muy influyentes en los procesos electorales. Ciertamente, las posibilidades de desplegar una contraofensiva desde nuestro campo en este terreno no resulta sencillo porque implica recursos importantes y, sobre todo, una masa crítica de equipos y sujetos que dominen estas tecnologías.

Por otra parte, estos cambios intensifican el debate sobre qué entendemos por democracia y qué sentido tiene, en particular, la democracia representativa en estos contextos. No se trata de la misma discusión que podíamos dar hace 20 años; hoy con el papel que tienen estas nuevas tecnologías en la producción de la opinión pública y la subjetividad y donde lo acontecido en Brasil ha resultado en el mayor laboratorio a nivel mundial del ejercicio de este tipo de estrategias ya probadas en Bolivia cuando la consulta por la reelección, en algunos Estados de los EE.UU., o en Inglaterra cuando la consulta sobre el Brexit. Tenemos en este tema una cuestión importante para nuestra agenda de investigación que hay que pensar cómo se aborda.

En relación a los desafíos que afrontamos estoy de acuerdo con lo que planteaba Claudio (Katz) en el sentido de la importancia de la movilización popular y de las experiencias de resistencias y conflictos que tienen lugar hoy en nuestros países. Pero hay que recordar también que en Brasil hemos tenido varios momentos de ascenso popular que, cuando no alcanzan una victoria política, descienden rápidamente; como lo tuvimos hace dos años luego del impeachment. Entonces el desafío es la movilización popular pero también la de conseguir victorias en términos políticos. En el caso brasileño ello no está ocurriendo hasta ahora y creo que es la pregunta sobre lo que puede ser este nuevo momento de ascenso de la movilización que se inició hace unas semanas con la gran manifestación en defensa de la educación pública que convocó a actores de los sectores públicos y privados.

El otro elemento sobre el que creo hay que reflexionar nuevamente refiere a la lucha contra el terror, porque el terror se está imponiendo nuevamente como un elemento fundamental y legitimador de las políticas neoconservadoras y neofascistas. El caso de Brasil es en este sentido un caso extremo; porque la eliminación del otro, la eliminación física del otro, se postula como una cuestión legitimada o comienza a ser legitimada por la propia estructura del Estado a partir de un conjunto de leyes y medidas provisorias que se

han aprobado recientemente. Nos encontramos ante un momento signado por un nivel de violencia significativo que toma cuerpo en la posibilidad de eliminar al otro; lo estamos viviendo en las favelas donde siempre se ejerció la violencia pero ahora de manera más abierta; lo estamos viviendo en las calles, en las plazas, en las universidades. Y creo que esto merece una estrategia de afirmación de la vida, de afirmación de la democracia en su sentido participativo, de afirmación fuerte de otro tipo de valores. A veces nos preguntamos cómo en Brasil estamos viviendo un momento donde este discurso de violencia es expresado y difundido de manera tan pública; por ejemplo, cuando se celebra el golpe de estado y todo lo que significó con bombos y platillos; y la gente parece de alguna manera tolerarlo y permitirlo. Es una cuestión central para reflexionar en relación con los desafíos que afrontamos en esta coyuntura.

El otro tema que no podemos dejar de mencionar es el de las políticas de información y formación ante esta enorme y gigantesca política de desinformación que las derechas están impulsando a nivel continental y mundial. Son necesarias políticas y mecanismos de información y visibilización de todo aquello que se quiere invisibilizar. Se plantea una disputa central en el terreno simbólico, por ejemplo, contra las fake news que se reproducen como fábricas infinitas de vehiculización de este tipo de noticias.

Otro desafío que afrontamos es el de recuperar el dinamismo del trabajo en las bases, el trabajo comunitario. Creo que en gran medida la iglesia evangélica ha ganado un espacio muy importante en Brasil porque las izquierdas fueron abandonando este terreno, van dejando de tener en cuenta la importancia fundamental del trabajo de base, del trabajo comunitario. Los gobiernos del PT sacaron de la pobreza y la miseria a millones de personas, crearon nuevos consumidores pero no crearon nuevos ciudadanos con una conciencia clara de dónde venía este cambio en la geografía social del país. Se trata, por ejemplo, de los llamados sectores CD donde se incrementó o mejoró en mucho el consumo pero sin conciencia política.

Otro de los grandes desafíos que afrontamos refiere a la cuestión de la integración regional. Una de las grandes conquistas del Siglo XXI fue justamente la creación, invención, resignificación, de los espacios de integración regional. Fue la primera vez que contamos con una institución como la CELAC que abrazó a todos los países de América Latina y del Caribe excepto los Estados Unidos y Canadá. Todos estos logros se convirtieron en la principal amenaza para los proyectos neoconservadores y los intereses de

los EEUU. En este sentido, se nos plantea el desafío de cómo recuperar estos procesos en un mundo atravesado por las disputas de las que hablábamos y por otros procesos de integración que están en curso. En particular, nos referimos al proyecto chino de la Nueva Ruta de la Seda que se lanzó en septiembre de 2013, que despliega un dinamismo capaz de reestructurar Eurasia, África, etc. y que va a cambiar no solo el comercio sino también la economía mundial con consecuencias directas para nuestra región. En este proceso, por ejemplo, África está recuperando su visión panafricana mientras que América Latina se está desintegrando. Ello marca la miopía colosal de los sectores dominantes en la región. Entonces el desafío para los pueblos y los movimientos populares es como recuperamos este ideario integracionista en nuestro continente.

Y finalmente un comentario sobre la reprimarización de la estructura económica de la región en curso, donde se profundiza o se repone un modelo de exportación de materias primas sin valor agregado. La dinámica de la economía mundial en este momento; los datos que muestran como esta nueva ruta de la seda está avanzando y la creciente demanda que plantea en términos de producción industrial, nos señala que posiblemente estamos frente a la aparición de un nuevo ciclo de incremento de los precios internacionales de las materias primas. De hecho, ya hay algunas materias primas que están teniendo un ciclo de precios ascendentes y podemos pensar que en el corto plazo puede reaparecer un nuevo boom de las materias primas. Ello nos interroga sobre si América Latina va a continuar siendo exportadora de materias primas o es una oportunidad de pensar la región y los proyectos nacionales desde otra perspectiva. En este sentido, nos encontramos frente a grandes desafíos políticos pero sobre todo frente a una coyuntura económica y de cambios en el sistema mundial que hay que tener muy en cuenta y sobre los cuales tenemos que investigar y reflexionar para poder considerar desde allí con elementos ciertos y de fondo nuestras estrategias. ■

LOS PROBLEMAS ACTUALES DE LA PRÁCTICA REVOLUCIONARIA Y POLÍTICA PARA PENSAR NUESTRAS DIMENSIONES DE ANÁLISIS

JOSUÉ VELOZ

Psicólogo cubano, editor de la revista digital La Tiza y miembro del Proyecto Nuestra América

Sobre los temas que están planteados en el debate me gustaría aportar algunos señalamientos desde la consideración de ciertos elementos de la coyuntura regional a partir de la experiencia y el momento actual que atraviesa Cuba. En este sentido, las dimensiones de análisis que construyamos debieran responder a los problemas actuales de la práctica revolucionaria y de la práctica política. Pienso en el Che, porque sus lecturas e interrogantes estaban siempre condicionadas por la práctica revolucionaria y no por sus inquietudes personales. Y los problemas de la práctica revolucionaria cambian en tanto cambian las circunstancias y desafíos que hay que enfrentar.

En esta dirección, un primer problema a estudiar es el reposicionamiento global alrededor de las fuentes principales del proceso de acumulación de capital. Sería importante que además de apreciar las tendencias económicas en curso, consideráramos aquellas que guían el proceso de acumulación actual; es decir, en qué sector y geografía social y territorial se centra hoy la acumulación capitalista. Así, cuando hablamos del cambio de la matriz productiva en Estados Unidos con el desarrollo del fracking o de la tendencia que asume el proceso de acumulación en el marco de una reconfiguración global bajo la disputa entre Rusia, China, y EEUU, nos referimos a retos y problemas diferentes. Por otra parte, la consideración y significación de estos problemas depende del país en que nos ubiquemos. Los desafíos para Uruguay, por poner un ejemplo, no son los mismos retos que para Venezuela; y lo que puede

influir Uruguay en términos de impacto sobre la matriz del proceso de acumulación global es menor que el potencial de influencia de Venezuela. Por ello, quizás errores que se cometan en Venezuela resultan mucho más visibles de aquellos que pueden producirse en lugares menos decisivos.

Un segundo problema que afrontamos refiere al predominio del capital financiero junto a los procesos de endeudamiento y financiarización de las economías de nuestros países. En este sentido, la construcción y difusión del índice de riesgo-país se constituye en un factor que se utiliza para cuestionar las economías que hacen énfasis en la distribución de ingresos. La fuga de capitales, por otra parte, es una de las formas de transferencia descontrolada de los valores producidos por la clase trabajadora hacia los poderes económicos transnacionales. Ello se relaciona directamente con la enorme dependencia de los estados nacionales respecto del capital financiero.

Un tercer problema que puede señalarse remite al aspecto militar de la dominación. Debemos investigar cómo los poderes militares se han ido reconfigurando en la región y a nivel mundial. Si bien el gobierno de Donald Trump en lo económico pareciera ser el abanderado del proteccionismo, en su estrategia de política exterior está siendo muy agresivo y a su vez muy sofisticado en la manera en que ubica y despliega sus fuerzas militares y la estrecha articulación de éstas con los países aliados en la región. Hay sectores de la derecha estadounidense que están muy contentos con la forma en que se está conduciendo la política internacional. Sería un error creer que todos los sectores políticos y económicos dominantes en EE.UU. están molestos con Trump; por el contrario hay grupos que están satisfechos porque se han conseguido avances estratégicos para sus fuerzas militares y se ha logrado que muchos países de América Latina se muevan en función de su estrategia. Aún cuando las derechas que dominan hoy en América Latina no son tan sofisticadas en sus plataformas discursivas, sí lo son en la articulación de sus órganos represivos con la reorientación que promueve hoy las formas de intervención estadounidense, tras el objetivo de controlar los potenciales movimientos de resistencia.

Un cuarto problema que enfrentamos remite a una cuestión de índole política. Lo que estamos verificando hoy en América Latina son los costos y límites del período que fue hegemonizado por los gobiernos progresistas. Cuál es el saldo de cada una de estas experiencias, cuáles son los avances en las correlaciones de fuerzas, cuáles los costos de cada uno de estos intentos, dónde avanzamos más y dónde avanzamos menos. Sobre ello mencionaría

dos carencias fundamentales de estos gobiernos. Primero, estas experiencias en general no produjeron cambios estructurales importantes en la matriz productiva desde una perspectiva anticapitalista que permitieran, en un momento de crisis y conflicto con los sectores dominantes del capitalismo, servir de resistencia. El ejemplo de Venezuela es clave en ello. Una de las razones que ha garantizado que la situación económico social de Venezuela no sea aún más crítica y que haya capacidad de resistencia en el campo de lo económico es precisamente el intento llevado adelante en ese país de construir un proyecto alternativo. En esta dirección, asimilar en profundidad la experiencia de las comunas venezolanas, tanto sus avances como sus desaciertos sería muy productivo. Analizar la ley de comunas que se sancionó bajo el gobierno de Chávez así como los efectos y límites que ha tenido su implementación porque es una legislación profundamente revolucionaria. Me parece que ello nos da pistas sobre lo que hay que hacer cuando estamos dentro del gobierno pero no detentamos el poder. Segundo, en el período de los gobiernos progresistas faltó la construcción de un verdadero poder popular, que se expresó en la forma en que estos gobiernos entendieron la función que tenían los movimientos sociales y combativos. Porque efectivamente la retaguardia estratégica de cada uno de esos procesos de cambio debieran haber sido los movimientos sociales y combativos. La política de estos gobiernos no debió carecer de este eje como parte de su estrategia de lucha.

Un quinto problema es el de la política de alianzas. Cómo los movimientos sociales y combativos se articulan con fuerzas que pueden potenciar su llegada al gobierno, el modo en que se construyen esas alianzas, cómo se elabora un programa mínimo y un programa máximo, cuáles son las cuestiones que no son negociables y cuáles entran dentro de la mesa de negociación. No se trata de definir lo que negocio para poder alcanzar el gobierno sino lo que negocio para después sostenerlo, o para disputar, o para romper y cómo a veces se rompe sin romper; qué cosas no voy a permitir que ocurran cuando sea gobierno y qué hay que hacer cuando ocurran esas cosas que no debieran ocurrir. Ello requiere también elaborar una hoja de ruta en el tiempo para que esa alianza no desgaste el núcleo del programa de esa organización que se ha sentado a conversar.

Un ejemplo en estos tiempos es la experiencia del MST de Brasil, el Movimiento Sin Tierra, porque pudieron mantener una cercanía en algunos puntos fundamentales con el gobierno del PT pero al mismo tiempo mantener fronteras inviolables en cuanto a su programa político y eso les permitió a mi

juicio, y hasta en algunas áreas, salir incluso más fortalecidos de esos procesos. Cuántos movimientos salieron fortalecidos del periodo de los gobiernos progresistas es una pregunta que deberíamos hacernos; cuántos movimientos salieron dañados y por qué salieron dañados; cuantos ya no están o se fueron desmembrando o fracturando. Me parece que en ese sentido la experiencia del MST es fundamental para estudiar.

Finalmente, tomo algunos rasgos de la experiencia cubana actual que pueden dialogar un poco con lo que ocurre en la región. Cuba tuvo que renegociar su deuda con el Club de París y también con acreedores más cercanos como Rusia y China. Esa renegociación, de alguna manera, puso al país también en una situación de dependencia, dependencia no deseada en el sentido que supone un pacto con los acreedores. Un equilibrio entre la necesidad de inversiones para que determinados sectores de la economía crezcan y el sostenimiento de la amplia justicia social de la Revolución. Ese es uno de los problemas que tiene Cuba: cómo se inserta el mundo, cómo maneja esa relación de dependencia y pienso que es un desafío para los países de la región sobre cómo negocian ahora con el FMI, cómo auditan la deuda, si se paga o no se paga, o sobre cómo se va a pagar, etc.

En relación con eso, Cuba aporta una experiencia que me parece podemos estudiar. En los años '70 Cuba hace un pacto con la URSS que supuso compromisos pero hubo cuestiones que nunca concedió. Por eso me parece que el problema no se plantea en términos de: no hago pactos con nadie y soy puro; sino sobre cuáles son los pactos que hay que hacer, cuáles los deseables y los no-deseables. ¿Qué no concedió nunca Cuba en un pacto? Entre otras cosas su apuesta por la justicia social; y en segundo lugar, su internacionalismo. Cuba mantuvo su internacionalismo en toda circunstancia. Es decir hay cosas que no se conceden, que no pueden incluirse en ninguna mesa de negociación, ni siquiera con aquellos que sin ser antagónicos son diferentes como, en ese tiempo, la URSS. Un segundo rasgo en lo político para Cuba son las dificultades para oxigenar las organizaciones políticas y de base. Es una dificultad real. Si nosotros no lo vemos como una dificultad real, como un problema no podremos enfrentar los desafíos que existen y los que vendrán. Existen dificultades para poder movilizar nuevamente todo ese aparato de organizaciones.

Por otra parte, coincido con lo que han planteado en relación con el evangelismo. Los evangélicos, el evangelismo es en Cuba una fuerza política. ¿En qué sentido puede pensarse que es una fuerza política? Porque nosotros en

la reforma de la Constitución pusimos el Artículo 68 que declaraba expresamente el matrimonio igualitario. Y aunque, en la modificación de ese artículo queda incluido, está contenido como potencialidad. Para nosotros era importantísimo que eso permaneciera como declaración política, no algo de lo que podemos hablar después. Esto remite a que los sectores dominantes también disputan las nuevas formas de agrupamientos, de disidencias y resistencias y nuestras fuerzas políticas tienen que disputar esos escenarios y ponerlos en la ruta de la lucha anticapitalista.■



■ Fotografía de Rosana Silva.

ELEMENTOS DE ANÁLISIS PARA COMPRENDER LAS DISPUTAS EN NUESTRA AMÉRICA

JAVIER CALDERÓN

Investigador colombiano miembro del Centro Latinoamericano de Geopolítica (CELAG) y del Instituto de Estudios de América Latina y el Caribe (IEALC,UBA). Es magister en sociología y doctorando en Ciencias Sociales.

Agradezco la invitación realizada por el Instituto Tricontinental de Investigación Social. Resulta muy importante que desde Colombia podamos participar de estos diálogos sobre la región. Por supuesto, hablo desde ese rincón del continente, desde esa esquina de América Latina que resulta una posición geopolítica de interés para las fuerzas globales en disputa, en especial de los EE. UU. en su empeño panamericanista de tener todo el continente a su servicio. Hablo desde un país que nunca tuvo un gobierno progresista y que ha estado en guerra los últimos sesenta años.

Entonces desde ahí, desde ese lugar y con ese peso histórico en mi mirada geopolítica, voy a conversar con ustedes. He escuchado con atención y con mucho interés lo expresado en las intervenciones anteriores respecto de las formas actuales de expresión del capitalismo global, sus tensiones e intenciones en las disputas por la reproducción ampliada del capital en las actuales circunstancias, sus restricciones y contradicciones en el orden cultural, social y político. Estoy seguro de que contribuyen a ampliar mis conocimientos y tensionan mi lectura sobre la situación mundial actual.

He dividido mi exposición en cuatro breves apartados que pretenden aportar a la comprensión de las tendencias políticas y geopolíticas que subyacen al momento actual:

1. Un paso atrás en el análisis geopolítico:

Desde el campo popular y de las ciencias sociales críticas, tenemos una dificultad de análisis de futuro y estamos balanceando lo que ya pasó y no lo que va a pasar. Analizar lo que ya pasó o desarrollar trabajos sociohistóricos fundamental, pero si no lo hacemos pensando en caracterizar los escenarios posibles de futuro, esos esfuerzos podrían resultar infructuosos. Antes de la fase actual de la ofensiva conservadora no analizamos el peso que podría llegar a tener el despliegue de la cuarta flota, ocurrida en el año 2008, aunque hubo una alerta sobre la situación, no logramos prever que el punto central de esa intervención era justamente atacar la UNASUR, la CELAC y todos los instrumentos de integración regional que nos permitían generar un balance geopolítico (lamento hablar en pasado, pero esas instituciones multilaterales no funcionan). Centramos la mirada en la acción militar con una mirada en lo ocurrido durante los años 70 y 80, y no pensamos cómo los EE. UU. y sus aliados en América Latina habían reconfigurado las acciones de guerra híbrida y de cuarta generación para detener la ola progresista en la región.

La integración regional permitía un diálogo distinto entre EE. UU. y América Latina. La Unasur y luego la CELAC generaron una correlación de fuerzas distinta y un ambiente simbólico de soberanía regional que consiguió una autoestima regional renovadora del proyecto emancipatorio. Por ello, fueron las primeras víctimas de la restauración neoliberal, empezaron a ser desmembrados con distintas estrategias: recuperando el papel de la OEA con la acción infame del “exprogresista” Luis Almagro, y debilitando las fuerzas progresistas en cada país, con una acción general en toda la región, pero adecuada a cada proceso político nacional. Desde EE. UU. no repitieron el uso de dictaduras, y se orientaron por construir estrategias basadas en la debilidad de las democracias representativas sobre las cuales se empezaron a construir los proyectos antineoliberales.

Eso dispuso un escenario actual, donde cada país está dialogando de forma bilateral con los diversos poderes globales y con los países de la región, se vive una cantonización del diálogo con los EE. UU. y con los ejes centrales del capital global, bajo una clara asimetría y debilidad. Una situación que a su vez debilita al movimiento popular que se mantiene en disputa.

En el análisis de lo ocurrido con la integración regional también tenemos que ser críticos. Los errores cometidos en el orden político y de estructura-

ción de la institucionalidad pesan, en especial porque resulta difícil volver a instituir esos escenarios. Sin que hayan garantizado el cometido de soberanía regional, fueron desmontados y ante los ojos de la ciudadanía fueron instituciones inservibles. El análisis debe pasar por comprender que hubo dos corrientes de integración: una desde la perspectiva de los gobiernos, una corriente “estatalista” de la integración que priorizó el diálogo institucional equilibrando las diversas opiniones con países como Colombia o Perú, gobernados por sectores de poder pro estadounidenses, que debilitaron desde el comienzo las capacidades y alcances de la integración. Poderes y debates internos en países fundamentales como Brasil, también jugaron su rol debilitador, puesto que impidieron generar el Banco del Sur y actuar de forma más contundente en contra de la ultraderecha regional, como ocurrió con el golpe en Honduras, en Paraguay, el ataque de Colombia a Sucumbíos en Ecuador. Se actuó con criterio conciliador, una actitud que no tienen las derechas, como se puede observar con el encarcelamiento del expresidente de Brasil Luis Ignacio Lula, o del vicepresidente de Ecuador, Jorge Glas.

Hubo otra corriente, minoritaria (mucho más débil), que entendía la integración con un sentido más profundo, de construcción de la Patria Grande, que nunca pudo ser concretada, pues significaba desarrollar acciones de transformación del orden nacional y construir sinergias entre la gente del común y la integración para que entendiera su potencia. De hecho, algunas personas de este seminario fuimos parte de ese proceso, con la constitución del ALBA de los movimientos, y de otras agrupaciones e intentos de articulación continental pensadas en ese camino.

Dos formas de entender el proceso de acumulación de fuerzas para relacionarse con los distintos poderes actuantes a escala global que se mantuvieron siempre actuando en dos registros distintos y no lograron un diálogo fluido. Resultó muy difícil para las fuerzas proclives a la unidad continental dialogar con los Estados con gobiernos progresistas para pensar la integración de una manera articulada. Hoy, de forma paradójica, se puede decir que se mantienen más avanzados los procesos de unidad continental que la integración de UNASUR y CELAC, comprobando en parte la hipótesis de los defensores de esa alternativa.

Los intereses de los Estados se superpusieron (con las dificultades que supone gobernar con el fuerte sedimento del poder neoliberal y conservador) sobre el mayor diálogo con las organizaciones y las gentes del común. En el mismo sentido de lo expresado por Álvaro García Linera para interpretar las

tensiones creativas del proceso de cambio en Bolivia: existe una tensión entre Estado y Movimiento Popular, ambos desconfían del otro y tienen intereses que en el devenir de la política se muestran como distintos. Preparando un nuevo momento o una nueva ola progresista en la región se debe pensar de vuelta en la integración como elemento fundamental de análisis. Aunque haya avanzado la cantonización de las disputas y las relaciones entre nuestros países y el poder global, ésta puede ser revertida a partir de las posibilidades reales que tienen los movimientos populares, que pueden tener retrocesos, pero seguirán siempre estando de distintas formas en las luchas por el cambio del orden social. La unidad continental es un asunto estratégico de nuestro futuro, que no puede dejarse en manos sólo de los intereses gubernamentales o estatales, es el momento de pensar cómo construirla de otra manera, es una tarea inaplazable.

Es preciso hablar de los sucesos de Venezuela, Cuba, Bolivia y Nicaragua (país que no puede negarse), tratando de no redundar sobre lo dicho sobre Venezuela y Cuba, lo más conocido en el ambiente político. Parto de suponer que las grandes batallas de futuro las libramos a partir del acumulado de estos países y sus gobiernos, de sus grandes aciertos y de sus errores. Estar actuando con estrategia defensiva resulta muy riesgoso, además de las batallas antimperialistas de Cuba y Venezuela, existen otros peligros importantes. Inició una operación internacional en contra del gobierno de Bolivia, que, aunque vaya muy bien en las encuestas, tiene un camino por delante donde la OEA jugará un papel relevante en la desestabilización, aún cuando gane la reelección el presidente Morales, hay sectores de la derecha invocando una intervención de los EE. UU. sobre las elecciones del 20 de octubre, y es de esperarse que emerja una estrategia de restauración neoliberal adecuada a la realidad boliviana, ya lo han intentado generando divisiones en el movimiento indígena y tratando de mellar la unidad del MAS.

Lo que ocurre desde el 2018 con Nicaragua debe ser materia de un análisis profundo, que por las limitaciones de tiempo no puede extenderse. Para sintetizar, a Nicaragua le vienen aplicando una estrategia de desprestigio combinada con movilización de sectores sociales combinados con grupos delincuenciales y facciones de la derecha, un conjunto de acciones financiadas y avaladas por la asistencia internacional para el desarrollo, en el contexto del llamado poder blando o “softpower” aplicado por los EE. UU. como parte de su estrategia de hegemonía global. Con ese conjunto de acciones, realizadas sobre errores y contradicción del mismo proyecto sandinista, lograron divi-

dir al movimiento popular latinoamericano, pusieron a las organizaciones y grupos políticos del campo popular a tomar posición por el gobierno de Ortega o en su contra, en una aparente disputa entre la izquierda. No se trata de reproducir aquí justamente esa tensión, desde mi perspectiva los EE.UU. y sus aliados han logrado ir sembrando dudas sobre ese proceso, debilitando una parte importante de la base alimentaria de Venezuela, rompiendo lazos de solidaridad internacional y poniendo en duda la dignidad del Frente Sandinista de Liberación Nacional-FSLN.

Los sucesos en Bolivia y Nicaragua, con realidades bien distintas, tienen elementos similares: ambos expulsaron a la DEA de sus territorios y tienen a los grandes poderes globales como aliados: China y Rusia, especialmente. En ambos casos se pusieron “minas” discursivas y analíticas en importantes revistas de análisis social, desde posiciones en apariencia progresistas y socialdemócratas, fortaleciendo las tesis de conflictividad indígenas-Estado en Bolivia, y de crisis ética del sandinismo en el caso de Nicaragua. Es una estrategia envolvente que empieza a lograr capilaridad en algunos ámbitos, como el académico y en algunos grupos o movimientos progresistas, se escuchan preguntas sobre si quizás el gobierno de Evo Morales está contra los indígenas por el tema del Tipnis, por ejemplo. Son armas sofisticadas que generan contradicciones hasta que logran romper la solidaridad internacional sobre esos procesos. Lo mismo ocurrió con Venezuela, desde hace diez años comenzaron a surgir análisis académicos en grupos o seminarios sobre la supuesta existencia de una “boliburguesía”, que en teoría representaba una “nueva burguesía” construida por los bolivarianos, lo que sin dudas agrietó de a poco el respaldo de una masa crítica sobre ese proceso, coincidiendo con la posterior guerra económica y mediática.

Dentro del terreno de la geopolítica, para concluir, es necesario realizar algunas anotaciones sobre las nuevas condiciones de la guerra, como parte de la acción imperialista. Preparando los apartados con que contribuimos como grupo de estudio sobre Colombia, al dossier sobre las guerras híbridas contra Venezuela, encontramos muchos documentos e información empírica sobre la forma de acción de los EE. UU. (no es una novedad, claro está), que me permite decir que nos llevan algunos pasos, pensando los procesos de acción geopolítica en torno a la dependencia, dominación y hegemonía en la región. Los avances en materia de ciberseguridad son superiores a nuestra acción aún analógica, no logramos controlar todas las variables de lo que significa para las disputas por la transformación social y la coacción sobre las subjetividades.

Estamos en otro terreno con la ciberseguridad. Hoy pensar la transformación nos obliga a pensar en como relacionarnos en esas condiciones, caracterizar muy bien las disputas y buscar mecanismos de resistencia digital, con una praxis paciente o cuidadosa como diría Orlando Fals Borda. Los grandes controles asociados a la capacidad tecnológica en poder de los EE. UU. les facilita conocer casi de inmediato las discusiones de los movimientos populares, un acceso a la información que les garantiza mayor poder para impedir el cambio del orden social vigente. La capacidad de espionaje es descomunal, las luchas en tal sentido deben tener mayor sentido público y abierto. Ese quizás fue el factor determinante para que las guerrillas colombianas decidieran entrar en el proceso de paz, una que firmo un Acuerdo, y otra que está a la espera de continuar los diálogos. Eso puede ayudar a comprender mejor lo que pasa en ese terreno del conflicto colombiano, pues es entendible que luego de sesenta años no resulte tan sencillo discernir las decisiones y acciones del campo popular colombiano.

Se habla de la ciberseguridad que se aplica en toda América Latina, es preciso ampliar la mirada sobre este tema. El apagón generalizado ocurrido hace unos meses en Venezuela es un indicador de que los EE. UU. necesitan cada vez menos del despliegue de tropas para cumplir sus objetivos de intervención, estamos ante otros fenómenos no convencionales y otras formas de intervención.

2. Subjetividad y política en la nueva ola progresista

El segundo punto está en el terreno de la subjetividad y la política. Coincido con Claudio Katz en el análisis sobre la posibilidad de una nueva ola progresista en la región, contando con la resistencia del proceso cubano y venezolano de forma central. Un nuevo momento que requiere analizar que se están pensando estos proyectos a futuro, para lo cual necesitamos tratar de hacer un balance parcial sobre lo que significó el horizonte emancipatorio del bolivarianismo, como clivaje de estructuración de las luchas y del progresismo en la ola iniciada a finales de los años noventa. En la ofensiva actual aparece una pregunta en algunos sectores populares: ¿El bolivarianismo es un clivaje pasado, un proyecto de emancipación social caduco?, si la respuesta es afirmativa, sería necesaria una argumentación de fondo que incluya un balance de las luchas populares de los últimos veinte años, y si la respuesta

es negativa la argumentación no podría ser menor. Para no parecer binario, podríamos estar en un proceso de crisis del significado del bolivarianismo como proyecto, en todo caso, se requiere abordar el debate en toda su complejidad.

De cierta manera la condición defensiva de la Revolución Bolivariana, le impide a sus principales exponentes nutrir de actualidad el planteamiento bolivariano, y creo que nos hemos quedado cortos, en general en América Latina, en poner ese tema en disputa y en discusión como contribución epistémica a ese proyecto que a mi modo de ver se mantiene en disputa, como se mantiene la misma América Latina. El bolivarianismo es central para repensarnos una nueva ola progresista, aunque hoy como clivaje político haya sido emparentado con el mal gobierno, la corrupción y la pobreza, uno de los objetivos de la guerra económica y el cerco político impulsado por el grupo de Lima. Una acción que ha tenido repercusiones en las subjetividades de los sectores populares, pues hoy no es un sentido de cambio que oriente sus acciones transformadoras.

Iniciar el diálogo por el horizonte emancipatorio de una nueva ola progresista es necesario. Repensar el bolivarianismo y darle un cuerpo conceptual al socialismo propio, latinoamericano, es urgente, pues debe contemplar a toda la comunidad latinoamericana, incluyendo a los 50 millones de latinos que viven en los EE. UU., a los brasileños y brasileñas para quienes Bolívar no significa lo mismo que para los países liberados por éste. ¿Cuál es nuestro proyecto de futuro?, ¿hacia dónde queremos caminar como continente?. Estamos interpelados por la pregunta de cuál es nuestro proceso utópico latinoamericano, uno que nos permita ganar en el terreno de la cultura, pero también en el económico y político, el interesante intento de proponer un “socialismo del siglo XXI”-muy emparentado con el bolivarianismo- no logró estructurarse como un proyecto común, fue una excelente posibilidad de discusión alrededor del socialismo, de resignificarlo en términos de alternativa sistémica. ¿hoy cuál es nuestra utopía?, ¿cuál es nuestro proyecto político latinoamericano?, esas preguntas son importantes, aunque las respuestas sean múltiples, desde México, desde Colombia, desde otros lugares vienen siendo dispersas y cada vez más envueltas en confusiones, muchas confusiones, que a su vez marcan una característica: el horizonte emancipatorio no será calco ni copia.

La preocupación que surge, sin embargo, es el efecto de atomización de las luchas populares; cuando no hay un proyecto común o un camino de cambio

hacia donde orientarse, el resultado es una enorme dispersión de esfuerzos y rebeldías que van de la mano de discusiones entre organizaciones, y divisiones en el campo popular que no suman a la unidad necesaria par la disputa. No resulta sencillo pensar cómo construir horizontes comunes, aunque sabemos y practicamos la idea de que las luchas y las organizaciones deben mantener su independencia o su autonomía.

En general puede decirse que la idea de la segunda independencia quedó engavetada, o postergada en medio de la ofensiva neoliberal. La acción defensiva de las fuerzas progresistas no solamente significa retrocesos en el orden estatal, sino también en el orden de lo ideológico/político, del sentido político de la transformación.

Tal crisis de orden subjetivo se expresa también en una aparente contradicción entre la participación en las elecciones, las luchas populares y en las calles. La tensión entre la política y la post-política en los movimientos populares existe y parece indisoluble, aunque no sea de esa manera. Tensión que se expresa como una dualidad entre desarrollar una sofisticada actividad de “marketing político” como forma de tener éxito electoral y mantenerse en la disputa territorial callejera y en la construcción de sentidos del orden organizativo y popular. Una falsa contradicción que se puede superarse entendiendo que la política y la ideología resultan dos asuntos distintos, complementarios, pero que deben definirse por carriles distintos. Se puede (se debe) mantener la acción callejera y a la vez tener una excelente acción política de marketing político. La organización y la comunicación política son complementarias, si se desarrollan cada una de forma planificada y sistemática.

Los últimos procesos que vivimos fueron la campaña de Panamá donde la candidatura de izquierda termino relegada, pero se constituyó una experiencia interesante con el líder sindical Saúl Méndez, y en Guatemala, un poco peor, donde se presentaron cerca de seis listas con candidatos de los sectores populares, discutiendo y disputando en una elección en donde terminaron ganandolos sectores de ultraderecha, la peor facción de la derecha. Ahí tendríamos que trabajar mucho para construir la unidad, para que los movimientos sociales lleguen a la comprensión de que sus posiciones pueden compartirse, las diferencias son menos que las diferencias, y poner en tensión la necesidad de ganar poder electoral.



■ *Fotografía de Marcha Patriótica.*

3. Judicialización de la política y guerras híbridas en el centro del análisis:

El último apartado lo he dedicado a las formas más claras de la ofensiva conservadora y neoliberal, sobre situaciones que no hemos podido comprender en toda su dimensión, o no hemos entrado a la fase de buscar una alternativa para democratizar el estamento más oligárquico de los poderes de la democracia representativa: la justicia. La judicialización de la política y toda la estructuración de la persecución contra gobiernos y líderes políticos es un problema esencial, no sólo por los efectos mediáticos y prácticos, sino por la esencia antidemocrática de dicha práctica.

Preocupa que para algunos sea una novedad que la justicia está politizada, es sabido que ese es uno de los estamentos tradicionales de los Estados liberales y republicanos (de la democracia representativa) utilizados para dominar la conducta social, es el estamento de coacción necesario para la hegemonía y la dominación. Sin embargo, no resultó un asunto central de los gobiernos progresistas, como en Brasil, Ecuador o Argentina, y resultaron centrales para la ofensiva conservadora. Aunque el camino puede estar en lo ocurrido en la Bolivia del MAS y de Evo, con la elección popular de la justicia y una reforma popular de la justicia. Los sectores populares de todo el continente no están discutiendo la reforma de la justicia como un asunto de soberanía y trascendental para el cambio del orden social, mientras que el Banco Interamericano de Desarrollo, lleva más de veinte años desarrollando las líneas de lo que consideran la “reforma a la justicia” bajo los estándares de los EE. UU., para lo cual pone y ha puesto todos los recursos económicos posibles para transformar lo que llaman “justicia efectiva”.

Dicha problemática expresa una cuestión de fondo sobre la organización del poder judicial en los estados latinoamericanos, contruidos sobre la base de orientaciones foráneas, primero por el ideario republicano francés del siglo XVIII -Civil Law-, y en las últimas décadas por el ideario anglosajón -del Estado norteamericano- mejor conocido como “CommonLaw”, que ha llevado a la instalación de la justicia en la forma norteamericana (similar a lo ocurrido en Puerto Rico) con la Justicia Penal acusatoria, que contempla la simplificación de juicios, la figura del arrepentido, y otras doctrinas que han favorecido el Lawfare, después de formar jueces latinoamericanos y orientar sus prácticas.

Sergio Moro, el actual ministro de justicia de Brasil, es parte y resultado

de todo lo anterior. “Hay moros en la costa”,no solo en Brasil, hay “Moros” por todos lados del continente. Ese es un tema que planteo como pérdida de la soberanía en el tema de la justicia, estamos ante un verdadero asunto de soberanía, un problema que se puede analizar desde distintas posiciones teóricas, para efectos de este análisis, sin embargo, es fundamental precisar que existe un proceso de conexión entre la justicia nacional y el entramado del imperialismo a partir de la idea de reforma y efectividad de la justicia, financiada por el “softpower” y sus ONG y por el Banco Mundial.

Y finalmente mencionar un tema que resulta apasionante analizar, por los efectos sobre la subjetividad humana,como la emergencia en la política de los pastores evangelistas, que trabajo en varias publicaciones en el Centro Latinoamericano de Geopolítica-CELAG.Es una de las expresiones más claras de movilización social de la derecha latinoamericana. Estos sectores neopentecostales, con mucho poder económico y mediático, lograron movilizar en Brasil, en Guatemala, Colombia, Honduras, y en otros países fuerzas masivas de apoyo a las agendas de la derecha restauradora y neoliberal, son el elemento sustantivo que las hacen una ofensiva conservadora, tuvieron un papel central en la movilización uribista en Colombia, de tipo posfascista,contra Chávez y contra las FARC, el 4 de febrero de 2008. Resultó una movilización enorme con una bandera patriótica/fascista de movilización popular encabezada por los sectores evangelistas. Liego asistimos al triunfo del evangelista Jimmy Morales en Guatemala y del ahora presidente de Brasil Jair Bolsonaro. Esta es una fuerza movilizada fundamentalista, que busca la integración de su religión con las políticas del Estado,que debe llamar nuestra mayor atención, y no pasar del análisis tan rápido, están disputando con las organizaciones sociales la representación política de las demandas sociales. Aunque también hay sectores evangelistas, en argentina,por ejemplo, que están con el peronismo y el kirchnerismo.

4. Epílogo sobre Colombia.

Para concluir, es necesario realizar algunas consideraciones sobre la situación colombiana, que indudablemente influye en la situación geopolítica de la región por su papel activo en la presión internacional contra Venezuela, y como base (geo)política de los EE. UU. en Sudamérica.

En ese sentido el tema de la Paz no es un tema instrumental, no es un tema secundario o discursivo. La paz y la guerra nos ha marcado como nación los últimos sesenta, para los colombianos y colombianas son seis, casi siete décadas de conflicto armado interno, se requiere una etapa de paz para reactivar las fuerzas políticas dormidas por miedo y para sostener una columna de liderazgos con experiencia para lograr el cambio social. Ningún país del continente ha vivido sesenta años en guerra, no es una consigna, no es una forma de lucha, es una realidad complicada para hacer política, porque las derechas lograron aprender a reproducirse basadas en la guerra, con los discursos securitarios y polarizadores.

Lo decía un poco al comienzo, en Colombia hay muchas armas, pero lo que falta, y nos ha faltado, es política, una relación con la sociedad con perspectiva emancipatoria y concreta que exprese la posibilidad de mejorar las condiciones materiales y simbólicas de la vida. Ese es el problema de fondo. No es un problema de dejar las armas o de tomarlas, porque hay miles de armas y de personas con armas, se compran y se venden, de eso vive en aparato militar-industrial de los EE. UU., el problema a resolver es cómo correr el eje del debate política al militarismo colombiano y al militarismo norteamericano. El problema no es la discusión si se justifica o no la lucha armada, que podría ser otra conversación. Ese no es el tema de discusión en Colombia, es cómo lograr, como dice García Linera, correr el eje gravitacional de la política colombiana hacia otro lugar que no sea el de la guerra, es ponerla en torno a la paz.

Porque hasta ahora las fuerzas de izquierda y progresistas vienen perdiendo con la guerra en el terreno de la política y la derecha se reproduce con vitalidad. Porque no es un problema instrumental, no es un problema de heroísmo, no es un asunto de cobardes o valientes. Hemos tenido miles de héroes colombianos, gente valiente que murió en estos sesenta años de guerra, y cientos de miles en las guerras anteriores. Gente el exilio, miles de exiliados y exiliadas. Toda la generación de compañeros con los que estudié, con los que disfruté la juventud en la Universidad Nacional están hoy muertos, esa es la guerra.

Eso es una pérdida humana irreparable para las luchas populares. Entonces yo les invito cuando hablamos de la guerra y de la paz en Colombia a tener responsabilidad sobre lo que significa la vida y la muerte de dirigentes y líderes políticos, y lo que otros países han vivido en medio de la paz en la construcción de la política transformadora, 35 años de democracia en Ar-

gentina, 29 en Chile, pueden definir de otra forma la relación guerra y paz.

También para enmarcar en la disputa geopolítica de la región. El comandante Chávez y el gobierno de Cuba por ello fueron los artífices del proceso de paz en Colombia, lo entendían desde el punto de vista político, humano y geopolítico, y no desde lo instrumental. Porque si hubiese sido desde lo instrumental le hubiese correspondido a Chávez y a Cuba entregarle los misiles que necesitaba la guerrilla para poder cambiar la correlación de fuerzas en Colombia. No es un tema de pistolas o de pertrechos, es la política.

Estamos en Colombia frente a un gobierno y una clase dominante completamente arbitraria y de derecha, pero eso lo sabemos desde siempre. El problema es que después de sesenta años de guerra no los hemos podido sacar del gobierno, la guerra que no lo logró debe darle paso a la política y la palabra, es necesario intentarlo en otro terreno, pues con la guerra las derechas se atornillaron y se adecuaron al conflicto, han sobrevivido con estrategias y tecnologías alrededor de este, construyeron mecanismos en la guerra para poder reproducirse como poder. ■

VENEZUELA ESTÁ ESTABLECIENDO NUEVOS CÓDIGOS DE PARTICIPACIÓN POR FUERA DEL PARADIGMA CLÁSICO DE LA DEMOCRACIA LIBERAL

WILLIAM SERAFINO

Politólogo venezolano y editor en jefe del portal web Misión Verdad

Quería agregar al debate que está planteado algunos elementos tratando de caracterizar este momento que afrontamos a nivel internacional. Se trata de una nueva época global que se abre y coloca en crisis la apuesta cartesiana de que el mercado resolvería todos los problemas de la humanidad. Esa apuesta civilizatoria atraviesa una crisis estructural y creo que es un elemento importante para tener en cuenta a la hora de hacer el análisis geopolítico. Evidentemente hay una distribución del mapa del poder en el marco de las relaciones de fuerzas desplegadas entre los ejes de acumulación del sistema-mundo, pero culminar el análisis ahí es insuficiente. El problema es que no hay un modelo de relaciones internacionales que establezca las nuevas distribuciones de poder a largo plazo.

Varios consultores expresan que en 2025 los países emergentes: India, México, Turquía, Irán, entre otros, van a ser las principales potencias económicas del mundo. Ese dato nos indica que existe un traspaso de los flujos de acumulación del sistema capitalista. Estos cambios y transformaciones suceden en paralelo a una crisis del paradigma del Estado-nación, que ya ha demostrado no poder contener las fuerzas destructivas del mercado y el capital.

Por otra parte, el mundo se encuentra atravesado por una burbuja de deuda tremenda y no parece haber una alternativa que detenga ese juego. Para entender eso, la crisis del año 2008 es fundamental. Allí las élites globales demues-

tran que no hay posibilidades de gestionar políticamente las consecuencias y los efectos de un ciclo demente de financiarización. El G7 o el G20, incluso la misma ONU, han demostrado ser incapaces de regular la crisis del capitalismo.

Esto evidentemente incluye otra crisis de magnitud global: la crisis de la democracia liberal. La crisis de ese modelo desacopla la política del escenario mundial marcado por la financiarización y un conjunto de cambios tecnológicos (el Big Data, por ejemplo) que impugna la racionalidad del voto como único mecanismo de expresión política. Es decir, la política se representa y se practica según los cánones del siglo XIX y del siglo XX, pero ello se plantea en el marco de un mundo interconectado, caótico, inestable, donde las élites han privatizado el poder y desvalijado la capacidad de decisión de la sociedad, mediante la deuda, el Big Data, el austericidio y la industria cultural.

La crisis de la democracia liberal es también el origen de estos nuevos movimientos de derecha alternativa. Se apoyan en las nuevas tecnologías del poder y en el desencanto de la gente hacia las instituciones clásicas de la democracia. Ante esa realidad muchas veces nos quedamos en la afirmación de que “son tipos malos, tremendamente malos, tremendamente racistas, tremendamente supremacistas”. Ahí muchas veces concluye nuestro análisis. Es necesario pensar que las políticas de identidad más ligadas a ideas progresistas, ideas asentadas en la ilustración, en el liberalismo al final de cuentas, terminaron por fortalecer el discurso de orden y estabilidad de la extrema derecha. Esto es un elemento clave. Ello se hizo patente en Brasil con el evangelismo, que sabemos que tiene su origen en un plan de Reagan en un momento específico en donde las Iglesias católicas eran un espacio social que tributaba a la resistencia popular contra las élites apoyadas por Washington. Sustituyeron una iglesia por otra. Mientras el PT tenía un discurso economicista más centrado en el ciudadano-cliente, en la distribución de la riqueza, las iglesias evangélicas expandían una poderosa industria cultural que proyectó a Bolsonaro como un mesías que salvaría a Brasil. Le hablaron al pueblo en sus códigos de producción simbólica y cultural.

La precarización y el estancamiento de la movilidad social, generado por el descenso del precio de las materias primas, hizo que el discurso de la izquierda, asentado en el paradigma de la democracia liberal y el mercado, aunque con sus matrices, no alcanzara a las mayorías nacionales. Ahora tenemos estas nuevas religiones cívicas del éxito, neoliberales, que te proponen ser tu propio dueño y que si te encomiendas a Dios vas a estar bien aunque tengas un trabajo subpagado o de semiesclavitud.

Esta crisis de modelo transcurre al mismo tiempo que el Imperio estadounidense busca reacomodarse. La élite política y económica reconoce que variables que se habían dado para que Estados Unidos se convirtiera en superpotencia global, es decir, el monopolio nuclear y la principal economía del mundo después de la segunda guerra, ya no existen. Ante esta realidad, EE.UU. está cambiando sus estrategias: instrumentalizan las nuevas tecnologías de la información, las redes sociales y la industria cultural, apoyando figuras políticas polémicas, controvertidas y que le brinden seguridad a las corporaciones del Imperio. Por esta razón, los nuevos mecanismos de intervención capitaneados por la CIA y el establishment, a través de ONGs y otras estructuras proyectadas como independientes, los han revestido con lenguaje “revolucionario”, “rebelde”, “combativo”. Tienen conocimiento del desencanto de la gente, y apoyándose en su ventaja tecnológica, buscan oxigenar el sistema.

En este marco de reordenamiento del Imperio y la crisis de la democracia liberal que lo atraviesa, Venezuela juega un papel fundamental. Es un eje de gravitación de este orden internacional inestable y explosivo, donde se condensa la disputa geopolítica principal de nuestra época: EEUU vs. China. En Venezuela se están poniendo a prueba nuevos paradigmas de intervención que van a regir en el mundo en los próximos años. Se abre una ventana para operaciones de cambio de régimen con mayor alcance y fuerza, para violentar los consensos básicos del derecho internacional. Esto ciertamente no es nada nuevo, en Latinoamérica la élite estadounidense experimenta sus paradigmas y nuevos recursos de intervención que luego exportará al mundo. Venezuela (así como Irán) es también un competidor petrolero que Estados Unidos quiere sacarse de encima lo más rápido posible. En este sentido, el Secretario de Estado Mike Pompeo dijo que Estados Unidos utilizaría el petróleo como arma diplomática ya que se ha convertido en el principal productor de petróleo del planeta.

Pero no es únicamente el interés económico y financiero el que explica y delimita el conflicto político en Venezuela y su configuración global. Creo que con el bloqueo impuesto a Venezuela, el poder occidental responde a lo que ve como un peligro latente: que Venezuela pueda acelerar la creación de un orden internacional multipolar. Como dijo, palabras más palabras menos, John Bolton: Venezuela es el punto de entrada en Latinoamérica de un nuevo orden internacional con Rusia y China y otros países emergentes. Temen que Venezuela pueda resistir, y sobre todo, que pueda demostrar que los nuevos mecanismos de intervención y cambio de régimen promovidos por los Estados Unidos no son exitosos. Sobre todo, porque a su modo y manera y con sus contradiccio-

nes, Venezuela está estableciendo nuevos códigos de participación por fuera del paradigma clásico de la democracia liberal. ■



■ Fotografía de la Brigada Eva Perón.

UN BALANCE DE LA EXPERIENCIA PROGRESISTA PARA PONDERAR LOS ASPECTOS POSITIVOS Y SEÑALAR LOS RETOS PENDIENTES

JUAN CARLOS PINTO QUINTANILLA

Sociólogo boliviano, Director general de Fortalecimiento Ciudadano del Estado Plurinacional de Bolivia y editor de la revista "La Migraña"

Para responder a los interrogantes planteados, creo que debemos partir de un balance de la experiencia histórica progresista que como izquierdas latinoamericanas hemos generado, ciertamente con diferentes énfasis y de acuerdo a cada realidad. Y quiero aportar a esta reflexión desde la experiencia de Bolivia que por sus particularidades no sólo ha sobrevivido a la arremetida neoliberal sino sobre todo que ha arrojado lecciones a todo el continente y, particularmente, a las izquierdas. En esa perspectiva, tenemos que sacar lecciones que nos permitan ponderar los temas positivos, y también enunciar los grandes retos que nos quedan para la nueva etapa de reflujo en la que hoy transcurrimos, preparándonos con mayor experiencia y compromiso para un nuevo ciclo progresista y de revolución en Nuestra América. Para llegar a eso, la actitud no es la de resignarnos a las circunstancias y los ritmos sociales que demasiadas veces están marcados por el capital; sino que tiene que ser la de cómo modificamos y construimos estas circunstancias desde una perspectiva revolucionaria, desde las calles y también desde el discurso político.

Compartimos el entusiasmo revolucionario desde la izquierda del continente, cuando los potenciales gobiernos progresistas frente al neoliberalismo imperante, sostuvieron un férreo discurso anticapitalista y de propuesta de país ligadas al socialismo. Sin embargo, las circunstancias de gestión, en las peculiares condiciones de cada país, hicieron virar este discurso que inicialmente expresaba visiones revolucionarias y anti neoliberales que sostenían

una ofensiva popular contra el proyecto globalizante y neoliberal del imperio. La propia estructura del poder, ligado a la gestión en un sistema históricamente adecuado para gobernar desde arriba, junto a la comprensión de la necesidad de realizar alianzas con los grupos de poder imperantes para evitar la conjura siempre latente, hicieron perder de vista muchas veces, en el discurso y en los hechos, el contenido anticapitalista del proyecto y apelar a una suerte de cierto capitalismo bueno en donde se redistribuye mejor que los neoliberales del pasado haciendo que nuestro éxito progresista pareciera ser el de haber impulsado el capitalismo mejor que los capitalistas y haberlo hecho más accesible y popular. Pareciera ser que hemos aceptado las condiciones en las que se mueve el capitalismo en nuestro continente y que la izquierda ha podido ingresar a la política para dulcificar esas condiciones dentro de las normas del propio sistema, democratizando la participación y ampliando el acceso a derechos fundamentales.

Ganamos las elecciones por nuestros discursos pero sobre todo por el cansancio, por el agotamiento del sistema patronal, y hemos generado un nuevo momento de cambios. Pero ciertamente no fueron las mismas condiciones históricas que las de la revolución rusa o de la cubana que a través de revoluciones triunfantes generaron nuevas condiciones desde el principio. En cambio, en nuestros procesos hemos enfrentado la necesidad de negociar las posibilidades de estabilidad luego del triunfo electoral. Muchos procesos nacieron cercados y limitados por las alianzas como en el caso de Brasil, que desde el principio y a pesar de tener un gran liderazgo, un proyecto histórico y un Partido; tuvieron que negociar para poder lograr el gobierno y la gobernabilidad.

Lo preocupante es que al parecer hipotecamos el horizonte mayor por la coyuntura de sostenernos en el gobierno. Algunos analistas dirán que la meta primera era construir un discurso antineoliberal que permitiera la acumulación popular de fuerzas y que en ese camino estamos transformando el Estado y la propia democracia, camino a un nuevo momento revolucionario, y por eso no sólo debemos hacer de la política un tema popular sino que también tenemos que ser efectivos en la gestión de los derechos fundamentales de la ciudadanía.

Pero entonces ¿en qué lugar quedó el sueño del socialismo que como idea motivadora nos acompañó en los procesos de lucha e interpelación al poder capitalista? Esto ha sido parte de una discusión fundamental en las izquierdas, cuando la posibilidad de ser gobierno y luego en el propio proceso de

gestión nos preguntábamos sobre las posibilidades y límites de impulsar un proyecto radical de construcción anticapitalista. En una coyuntura distinta a la que nos habíamos enfrentado tuvimos que avanzar junto a alianzas posibles y movilizaciones; entre luchas e intentos de golpes de Estado, para comprender la gradualidad del proceso. Entendimos que la misma Cuba tuvo que negociar algunos temas para poder sostenerse y lo hizo durante muchísimos años; o bien Nicaragua en sus propias condiciones tuvo que ceder hasta el gobierno para seguir vigente en la pugna por el poder.

En el caso boliviano, el instrumento político, el MAS-IPSP, había generado una nueva forma no partidaria y horizontal basada en las organizaciones sociales de acceso a la política que definitivamente, junto al liderazgo indígena, marcó uno de los escenarios revolucionarios más importantes de nuestra historia, creado por los movimientos sociales que generaron una situación revolucionaria que no derivó finalmente en una insurrección sino en una contundente victoria electoral. Siendo gobierno y en tanto representación popular, el MAS-IPSP se diluyó en el Estado que se convirtió en el instrumento político bajo el liderazgo social del Presidente. Por eso, quien da, a través de la gestión, las líneas fundamentales de transformación es el Estado Plurinacional que define la perspectiva política a seguir, pero en ese camino le ha quitado el protagonismo político a las organizaciones sociales. En muchos sentidos creo que esta es la experiencia de los gobiernos progresistas en el continente, donde el Estado ha llegado a sustituir a los propios movimientos sociales en su acción política, lo que ha ocasionado que estos vuelvan a su papel institucional de organizaciones gremiales que le demandan al gobierno y al Estado que ellas mismas han creado. En ese camino, los movimientos sociales pelearon para que sus dirigentes fueran parte del Estado y en algunos casos fueron la bisagra entre el Estado y las organizaciones sociales. Pero, en este proceso, estos movimientos se fueron adormilando y convirtiendo en algo que desde el principio habían cuestionado, se convirtieron en beneficiarios antes de ser los verdaderos protagonistas. Y el protagonismo está en el pueblo; el pueblo es el que ha hecho las transformaciones, el pueblo hace las revoluciones no el Estado. Creo que a veces nos quedamos con que desde el Estado vamos a sostener las revoluciones pero hoy estamos viendo justamente con la experiencia de Venezuela que quién sostiene la revolución es justamente el pueblo movilizado y ese es uno de los temas que a nosotros nos preocupan de una lectura demasiado instrumental del poder estatal.

Tenemos en Bolivia grandes posibilidades de sostenibilidad del proceso

por nuestras condiciones económicas; y, en esa perspectiva, tenemos buenas posibilidades electorales. Nuestro modelo económico ha generado condiciones políticas no solamente internas sino también externas. Los organismos internacionales ponderan el avance boliviano y las condiciones en las que seguimos creciendo, mientras el resto de nuestros vecinos está en decrecimiento constante. Aún más, nos convertimos en un modelo a imitar dentro del propio capitalismo. Nuestra propuesta económica se resume, en definitiva, en la participación central del Estado en las nacionalizaciones, recursos estatales que son redistribuidos entre la población para generar un circulante popular; en las inversiones en el desarrollo de la industrialización interna que permita la sustitución de importaciones; y en el proyecto de incorporarnos en un nuevo circuito de energía y comunicación a través de la explotación del litio. Sin embargo seguimos siendo un país dependiente y a pesar de las cifras que muestran que un 25% de la población salió de la extrema pobreza, somos aún pobres en el contexto latinoamericano. Por eso la insistencia en avanzar con la industrialización y con constituirnos en un polo energético en el continente. Pero estos macro proyectos van a significar quizás enfrentamientos con sectores indígenas en varios lugares y nos plantean el debate de cómo generar un nivel de encuentro entre un desarrollo necesario y un cambio revolucionario ecológicamente sustentable, es decir un camino entre la perspectiva de generar posibilidades para que todos vivan mejor y, al mismo tiempo, ser consecuentes con nuestro propio discurso sobre la Madre Tierra. Ello nos plantea el desafío de cómo generamos un debate distinto sobre el extractivismo, que fue una política neoliberal pero que hoy es una política de supervivencia para los gobiernos progresistas. Es decir que invertimos de manera distinta, repartimos los recursos y eso nos da un potencial económico pero también políticamente nos abre camino a la interpelación popular. Este es nuestro potencial y al mismo tiempo nuestro reto.

Por otra parte; en Bolivia está a nuestro favor el que no existe una oposición creativa capaz de generar una propuesta superior a la que existe. Existen candidatos como Cárdenas de la UCS que busca imitar a Bolsonaro, se fue a bautizar a Brasil con una secta religiosa, plantea que las mujeres porten armas frente a la violencia imperante pero añade “no le vamos a dar arma a cualquier loca”. Es patético el panorama opositor. El candidato con mayores posibilidades como Mesa sólo atina a proponer algunos accesorios a la propuesta fundamental de 13 años del MAS, mientras que los más radicales desde la derecha como “Bolivia dijo NO” (BDN) levantan una propuesta re-

gional y secesionista del país. Sin embargo, sabemos que el enemigo mayor viene del Imperio que es quien pone los recursos y alienta el descontento como principal estrategia opositora, sin descartar el boicot electoral, el desconocimiento de los resultados y, en definitiva, la creación de una situación de ingobernabilidad que permita las condiciones de bloqueo y desestabilización que han generado en Venezuela.

Estamos hablando también de que a partir de estas experiencias de gobiernos progresistas hemos generado la posibilidad de que los derechos se amplíen y visibilicen en cada uno de nuestros países. En el pasado los movimientos sociales y populares chocaron con el Estado y en esa lucha se generó una nueva experiencia sobre la gestión política y también una apropiación, a través de la conciencia, de la necesidad de construir una sociedad más justa. En esa dirección, las experiencias que vivimos con los gobiernos progresistas implicaron importantes políticas sociales que se convirtieron en gestión de derechos. Hoy, a las nuevas generaciones que se formaron en este contexto la vigencia de estos derechos les parece que siempre fue así, que es una obligación del Estado y no también una conquista producto de años de lucha. Es una posición generacional peligrosa que no diferencia a quienes hicieron posible el acceso a esos derechos de quienes siempre los negaron, y asumen que es una cuestión obligatoria de cualquier gobierno, y que se va a mantener no importa el color que tenga.

Los gobiernos progresistas permitieron y expresaron un posicionamiento de la sociedad civil respecto de sus derechos y una ampliación de esas fronteras. Hemos ampliado esa posibilidad de nuevos espacios de democracia y de participación y eso creo que es fundamental para hablar de una revolución en la propia democracia. En el sentido de la democracia, y además del voto formal, la experiencia de la democracia de las calles en el caso de mi país plantea una tensión necesaria y fundamental. De esta manera, desde Bolivia, debemos reconocer que hay otras formas de democratización, incluso más cotidianas y más comunitarias, que nos acercan a un modelo distinto de sociedad y que deben ser recuperadas en su dimensión de interculturalidad. La radicalización de la democracia es una necesidad para seguir pensando en una sociedad libre y es esta perspectiva sobre la que quizás deberíamos de seguir insistiendo. La revolución no es una estructura intempestiva, es la radicalización de lo que hacemos, con una perspectiva distinta. Nos hace falta repolitizar la cotidianidad y hacer que la gente participe y que nos permita conquistas populares que nos den nuevas ideas y perspectivas de un nuevo

ciclo. Asumimos que nosotros tenemos que aportar a recrear el entusiasmo revolucionario en el continente, para que sigamos impulsando la revolución nuestros países, así como son temas de sobrevivencia de nuestro proceso porque sabemos que después de la agresión a fondo que vive hoy Venezuela, venimos nosotros. Y por eso el tema es cómo generamos, como recuperamos las experiencias de lucha de nuestros respectivos países para seguir apuntando al mismo objetivo, la revolución. Creo que es un tema que nos une, que nos convoca también en nuestra discusión.

Otro aspecto que necesitamos revolucionar, más allá de tomar el gobierno, son las victorias culturales para hacerlas permanentes. Es esa construcción revolucionaria la que ha permitido que se inicie el ciclo progresista y que las organizaciones sociales en ese camino hayan creado formas distintas de resistencia y de propuestas dentro del propio capitalismo neoliberal. En ese mismo marco habría que decir que funciona el conjunto de la institucionalidad social, que al mismo tiempo que produce adhesiones sociales e ideológicas en contacto con la realidad, produce también resistencias y revoluciones, si existe la capacidad de concentrar la energía social en torno a objetivos que además de la rabia y el odio permitan la construcción de la utopía social. Es algo que en el gobierno hemos ido perdiendo e institucionalizando a los propios actores sociales, y lo que es más peligroso para un proceso revolucionario, hemos ido perdiendo la capacidad de generar sueños colectivos, para convertirlos en gestión, y en definitiva, hemos logrado un mundo de nuevos consumidores pero que dejaron de soñar colectivamente para hacerlo de manera individual y en función del progreso y mejora en el escenario del mercado. Incluso han convertido las creencias religiosas en caminos de competencia mercantil y de resistencia a los cambios.

¿Cómo nos hemos extraviado en el camino? ¿Por qué nos han ganado en ese espacio que es tan importante para nosotros como el de la espiritualidad, o el de la capacidad de ser nosotros mismos y la fortaleza con la que nos presentamos al mundo y construimos algo con los otros que aún no existe pero que luchamos para que lo sea y que no es el patrimonio de ninguna Iglesia? Esas cuestiones son algo que son parte de nuestra esencia y son también un espacio de disputa de sentidos. En esa perspectiva, creo que las iglesias evangélicas no solamente han sostenido el sistema de creencias y de resistencia al cambio de manera material y con una infinidad de recursos disponibles; sino también de manera social y cultural generando espacios de acogida, de solidaridad social, de acción comunal; aquello que los partidos de izquierda

y la propia Iglesia católica hace algunos años hacían, generando una mística en torno a la posibilidad revolucionaria de construir una sociedad diferente a la capitalista.

Entonces, esa forma de hacer política a través de la manipulación de la espiritualidad, es un espacio también de disputa para las organizaciones políticas y para las iglesias. Nos interroga sobre qué espacios de representación y de acogida damos nosotros como militantes de izquierda a los militantes de base que están buscando sentido a su vida, no solamente sobre el proyecto de país sino también sobre su vida personal. Es un tema que tiene que ver con la ética no solamente personal sino con la ética pública revolucionaria que debe transversalizar la deliberación pública por una nueva sociedad. Por eso el tema de la corrupción en los gobiernos, tanto progresistas como en los neoliberales no es un accidente. No es solamente un tema de leyes ni tampoco es tan solo el resultado de una intervención imperial, sino que también nos ha transversalizado en demasiados aspectos. El sistema en sí mismo es corrupto y genera corrupción, multiplica la corrupción como forma de sobrevivencia sistémica. Y por eso lo que se haga en el propio marco del sistema, sean leyes, normas o regulaciones públicas, son parches a un problema mayor de la verdadera democracia. El sistema nos coloca en la impotencia de ver que las conductas individuales o de grupo son arrastradas por decisiones de mercado y, aunque el discurso pueda sonar revolucionario, muchas veces la gestión sigue siendo absolutamente neoliberal.

Entonces, las fuerzas de la derecha y la reacción buscan emparentarnos con su propio historial de corrupción y generar una agenda de ataques mediáticos para enlodar el camino, buscando que las transformaciones sean vistas bajo el marco de la corrupción que plantea el sistema. La penalización de los líderes y su persecución tiene ese propósito, y nuestros procesos que han concentrado históricamente su potencial en el liderazgo, son más sensibles a los bombardeos ideológicos pues aún nos falta construir el liderazgo social que sea un soporte fundamental e ideológico frente a las fake news y las distorsiones ideológicas del mercado capitalista. Mientras eso no ocurra, ellos repetirán la receta como en el caso de Lula, de los Kirchner, de Correa o del mismo Chávez y de Maduro hoy; o en el caso de mi país con Evo. El tema sigue siendo ético y es un campo de batalla que no sólo implica ideas nuevas sino también conductas sociales diferentes.

Por eso el gran reto de los gobiernos progresistas, más allá de los ataques mediáticos de los opositores neoliberales que siempre buscarán embarrar-



■ *Fotografía de Belén Roca Pamich.*

nos en su propio lodo, es el de como generamos una ética personal y una ética pública revolucionaria. Creemos que hasta ahora la respuesta parte de la experiencia revolucionaria mundial, que nos habla de la importancia de construir militancia y compromiso revolucionario que esté impulsada por la formación política y la movilización. Eso implica en las nuevas condiciones sociales y generacionales, la necesidad de fortalecer nuevos testimonios de vida que sean parte de nuevos liderazgos sociales. Si hemos construido el referente de que los derechos fundamentales son de todos y no sólo un discurso sino una práctica social y estatal, ahora será fundamental abrir los gobiernos a los diálogos sociales con las organizaciones y movimientos, para que el pueblo sienta al Estado como su instrumento y los gobiernos sientan el control social sobre las propuestas y políticas que ejecutan.

Asumimos en la experiencia boliviana como un reto fundamental el de generar y sostener el debate ideológico. No queremos perdernos en el nivel intermedio de ser eficientes, de ser considerados por el mercado internacional como modelo; queremos impulsar un proceso de re-ideologización para recuperar el protagonismo del pueblo, para que las organizaciones sociales recuperen su capacidad de entusiasmo con la revolución. No se trata solamente de votar para que Evo siga sino, más allá de Evo, se trata de impulsar el sentido de la revolución que se ha empezado en Bolivia. ¿Cómo recuperamos la esencia de la transformación y la capacidad de reacción que tiene la gente? Y para ello no queremos que el Estado se convierta en el todo sino en una parte instrumental de un potencial revolucionario emergente porque una revolución que se institucionaliza deja de serlo y ese es un poco nuestro debate.

Desde la experiencia boliviana, no podemos secundarizar el tema de las organizaciones sociales pues es junto con ese protagonismo que vamos a poder ser capaces de generar nuevas olas de progresismo. De hecho nuestra condición económica nos permite dar alguna pauta latinoamericana para el progresismo en un nuevo ciclo, donde el tema de la movilización social y la conciencia revolucionario es fundamental, nos lo muestra el ejemplo de Venezuela, que nos está señalando justamente que el pueblo movilizado en las calles es capaz de defender lo que quiere y no solamente convertirse en consumista del sistema.

Nuestros modelos pueden apuntar a mejorar la situación, a generar mejores condiciones de vida para las mayorías, pero el resultado político de ello es también de que existirán más consumidores pero no necesariamente más militantes del proceso revolucionario. Sobre eso es sobre lo que tenemos que

trabajar. En esa perspectiva, es que buscamos a cambiar el sentido común desde el que se habla. Hay un sentido común que el capitalismo y el neoliberalismo han generado en nuestras sociedades, una forma en la que se hacen las cosas. En nuestros Estados progresistas o neoconservadores seguimos repitiendo muchas veces las mismas dinámicas y lógicas de cómo se piensan y gestionan las cosas; tenemos que cambiar eso o, al menos, sentar las bases para hacerlo.

En Bolivia, un gobierno como el de Evo Morales que accedió al Estado de manera impensable para los sectores dominantes y rompiendo el sentido común del poder, tuvo como contraparte una reacción de quienes sabían mantener el funcionamiento de ese Estado que eran los viejos neoconservadores y neoliberales que se quedaron y siguieron administrando mientras se incluía en la gestión estatal a la mayoría antes excluida. Ese sentido común dominante es el que se mantuvo, en medio de los quiebres que ocurrieron en un proceso altamente inclusivo que avanzó en la democratización del poder pero que, sin embargo, mantuvo en mucho la lógica del poder republicano y neoliberal. Lo que ocurrió por ejemplo en la Asamblea Constituyente fue justamente esta situación, “mira las cosas se hacen así de esta forma y siempre se hicieron así; no inventes la pólvora” nos dijeron y buscaron quitarnos la creatividad revolucionaria, que en definitiva, pervive pero en muchos aspectos enmascarada o subordinada a la institucionalidad vigente. Nuestro aparato de gobierno tiene estas estructuras de poder heredadas y las seguimos reproduciendo. ¿Cómo nos deshacemos de eso?

Son debates que tenemos que tener respecto a un nuevo momento del progresismo continental. No solamente sobre como acceder al gobierno sino también sobre que de diferente vamos a hacer desde ahí y cuál va a ser nuestra relación con la gente, con el pueblo, con quienes se hace la revolución. No es suficiente empoderar a los dirigentes sociales metiéndolos en el gobierno y convirtiéndolos en funcionarios estatales, porque estamos institucionalizándolos, les estamos haciendo perder la fuerza de la revolución desde esta perspectiva. Necesitamos continuar sosteniendo el horizonte revolucionario de lo posible, asumir que en este nuevo momento a diferencia del pasado vivimos una guerra de posiciones que tenemos que ganar en cada momento y que nuestra convicción ideológica junto a la fuerza de los movimientos sociales harán posible construir un mundo pos capitalista que sea una construcción social revolucionaria. ■



 [thetricontinental](#)

 [tri_continental](#)

 [thetricontinental](#)

 contact@thetricontinental.org

www.thetricontinental.org